

4/abril/68 Ser
es/10/1/68 fsk

LOS DIOSSES DE PAPEL

(Comedia en tres actos)

1079152

Seminario Multidisciplinario Josemillo González
Bachillerato de Estudios Interdisciplinarios
Facultad de Humanidades
Universidad de Puerto Rico
Recinto de Río Piedras

ndss

LOS DIOSSES DE PAPEL

PERSONAJES

BERNARDO..... un hombre promedio.
CARMELA..... su esposa.
CARMIN..... su hija, quinceañera.
NALDO..... su hijo, de doce años.
ANILDA..... la amiga de Carmin.
PEPE..... el tío, hermano de Carmela.
MANOLO..... un funcionario.
MECANOGRAFA..... su secretaria.
MOZO..... un mozo de restorán.
LENCHO..... empleado de la finca.
CASIMIRO..... otro funcionario.
OTRA MECANOGRAPA..... similar a la primera.
EMPLEADA..... igual a la anterior.
RAMIRO..... otro funcionario.
FUNCIONARIO..... otro más.
ARCHIVERO..... un funcionario más.
LANUZA..... un abogado.
UN INDIVIDUO..... ~~INDIV~~ un secretario.
~~En Puerto Rico: Hoy~~
LA JOVEN..... una secretaria.
ASISTENTES..... más funcionarios.

En Puerto Rico: Hoy

LCS DIOSSES DE PAPEL*(Handwritten signature)*ACTO ICuadro I

~~Escena~~ Frente de una casa en Caparra Hights. De izquierda a derecha del espectador: parte de la terraza; pared de la sala, en cuyo centro hay una ventana miami abierta; la marquesina, y al fondo, la puerta cerrada del garage. La puerta principal de la casa abre a la terraza, y puede o no estar a la vista del espectador. Al extremo derecho, separando la propiedad de la del vecino, hay una verja baja de concreto. La acción se desarrolla en la mañana, temprano.

(Carmin sale a la terraza por la puerta principal. Lleva en sus manos una caja de cartón. Viste falda de colores vivos. Su blusa blanca le cuelga por fuera. Anda con desgano. Al cruzar la marquesina, oye que le llaman.)

AWILDA: (Su voz.) ¡Carmin! ¡Carmin!

(Carmin mira hacia la casa vecina. Con evidente coraje, descansa la caja sobre el borde de la verja, y patea levemente el piso.)

CARMIN: ¿Qué?

(Awilda aparece de pronto detrás de la verja, como si hubiera venido corriendo. Viste ceñidos pantalones rojos, y también lleva la blusa por fuera. Tiene la cabeza llena de broches para rizar el cabello.)

AWILDA: Si supieras quién acaba de pasar por ahí...

CARMIN: ¿Quién?

AWILDA: ¡Adivina! Paró el carro frente a casa. ¡Iba más chuchin! Si lo hubieras visto, con su camisita de listitas, de esas que le quedan tan monas...

CARMIN: ¡Juanito!

AWILDA: ¡No sé como dices éso! Sabiendo lo pesado que me cae ese Juanito...

CARMIN: Pues... (Tras una pausa, pensando.) No sé.

AWILDA: ¡Adivina! Chilio... Chigé... Chiró...

CARMIN: ¡Rogelio!

AWILDA: El mismo. ¡Y que plante! Más simpático... ¿Si supieras qué me dijo...?

CARMIN: ¿Qué te dijo?

AWILDA: Pues... ¡Tú sabes! Vino y me dijo: "¿Qué pachó?" Y yo le dije que ya ustedes se estaban mudando.

CARMIN: ¿Por qué no me llamaste?

AWILDA: Con lo ridículo que es tu pai... Y yo, que te había visto limpiando la cocina con tu mamá...

(Al accionar, Awilda golpea la caja de cartón, la cual se tamborea.)

AWILDA: ¡Ay, se cae!

(Awilda logra sostener la caja.)

CARMIN: (Sin moverse.) ¡A mí plini! ¡Ojalá se cayera y se hiciera trizas!

(Con brusco ademán, Carmin coje la caja y la deposita en el suelo.)

AWILDA: ¿Y qué llevan ahí?

~~XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX~~

CARMIN: ¡Bah! Unos vasos. Pero mamá me dijo que si se rompían...

AWILDA: ¿Y por qué no lo enviaron con la mudanza?

CARMIN: (Imitando a la madre.) ¡Ay, hija! Esos vasos son los únicos que restan de mi regalo de bodas... (Cambiando a su voz natural.) Si vieras el auto... Va todo lleno de cachivaches.

AWILDA: ¡Ave María! Parece una mudanza de gitanos.

CARMIN: ¡Cosas de mamá!

(Awilda se sienta en la verja.)

AWILDA: ¡Y tan lejos que se mudan!

CARMIN: Yo... Yo.... ¿Te acuerdas? (Conteniendo un sollozo.) Yo te lo dije. Tengo unas ganas...

(Awilda se deja caer al suelo y le coje las manos a su amiga, tratando de consolarla.)

AWILDA: (En voz baja.) Ahora no debes hacer nada. Después, cuando estén allá en el campo...

(Carmin hace un gesto de desconsuelo y ~~miraxxxxxxxxxxxxx~~ lanza una mirada de coraje hacia su casa.)

CARMIN: Yo sé lo que voy a hacer. ¡Que se vayan ellos! Como son unos viejos...

AWILDA: Sólo a tu papá se le podía ocurrir semejante cosa. ¡Y que irse a meter en una finca en esta época! Bueno, como tu mamá también es tan antigua...

CARMIN: No. No es mami. ¡Es papi! Desde hace tiempo estaba con esa cantaleta...

AWILDA: ¡Y qué campo se fue a escoger! Porque si hubiera comprado una finquita por ahí cerca... ¡Eso sería lo más chuchini! Matildita... ¿Te acuerdas? La que usa el pelito así..., por

aquí, que le cae hasta el hombro... Bueno, a mí eso no me acaba de gustar... Pues, ¿tú sabes dónde vive Matildita ahora? ¡Por Vega Baja! No en el pueblo. ¡En el campo! Su papá compró una casa monísima.

(Carmin parece no prestarle atención.)

CARMIN: Y si tú vieras la casa en que nosotros vamos a vivir... Una casa hecha por papi. El dice que después hará otra mejor, de concreto... Pero, lo que soy yo... (De nuevo amenazando llanto.) ¡Yo no voy! ¡No voy y no voy!

AWILDA: Bueno, hija, ¿sabes lo que es tu pai?

CARMIN: ¿Papi?

AWILDA: Sí... ¡Un arcaico!

CARMIN: ¿Arcaico?

AWILDA: Sí, chica. Eso quiere decir: un hombre de antes. ¡Un antiguo! Como los españoles.

CARMIN: Y lo más que me molesta..., es que se empeñó en que nos mudáramos ahora.

AWILDA: ¡Oye! ¿Y por qué no te dejan pasar las Navidades en casa?

CARMIN: Mami se opuso. Dijo que no sería justo; que con el trabajo que tiene tu mamá...

AWILDA: ¡Bah! Si se le va a hacer caso a mami...

CARMIN: Es que no comprenden...

(De pronto comienza a sonar una música de Navidad.

Awilda se vuelve hacia la casa vecina.)

AWILDA: ¡Manclito! ¡Baja ese tocadiscos!

VOZ DE NIÑO: ¡No bajo na!

AWILDA: (Montándose a caballo en la verja.) Mira, muchacho, si me haces ir allá... ¡Te voy a dar una...!

(La música baja de tono, aunque se sigue oyendo hasta que cesa el disco.)

(Awilda se queda sentada en la verja, pero de nuevo concentra toda su atención en Carmin.)

AWILDA: ¡Ese Manolito está insoportable!

CARMIN: ¿Y Naldo? Naldo está peor. Se pasa mortificándose con la mudanza al campo. Como estuvo ayudando a papá... ¿Sabes lo que ^{me} dijo anoche? Que el criadero de puercos será debajo de mi cuarto.

AWILDA: ¡Jesús! Tan sucios que son esos animales.

CARMIN: ¡Ay, Awilda! Yo... ¡Yo me fugé!

AWILDA: ¡Shss! (Salta al suelo y le pasa un brazo por la cintura a su amiga.) No lo cojas así, porque entonces es peor. Tú debes hacer lo que te he dicho... No te dejan quedar en casa... ¡Pues, está bien! Te vas. Y el domingo que viene yo me presento allá con mami. ¡Ya verás como te libertamos de ese arcaico! Y te quedas aquí con nosotras, y algún fin de semana...

CARMIN: ¿Tú vas, seguro, Awilda?

AWILDA: Sí, ehica. ¡Sí!

CARMIN: Porque si tú no vas... ¿Tú sabes lo que yo quisiera ahora...? ¡Morirme!

AWILDA: ¡Ay, virgen, no digas eso!

CARMIN: Sí. Yo no quiero vivir en ese campo, donde no se ve a nadie.

AWILDA: Pero, chica, no seas beba... No debía decirlo, pero, bueno...

CARMIN: ¿Qué?

AWILDA: Mejor te lo digo. Anoche, yo estuve a papi y a mami hablando...

CARMIN: ¿Sí?

AWILDA: Te voy a contar. Pero no vayas luego a decir... Bueno. Pues, papi decía a mami: (Imitando.) "Eso de Bernardo son chifladuras. Ya verán como antes de dos meses están de vuelta en San Juan."

CARMIN: ¿Cómo? Si papi vendió la casa. Y tú sabes que renunció a su empleo. Y mami también dejó ~~la escuela~~ ^{la escuela}.

AWILDA: Eso mismo le dijo mami. Y papi contestó: (Imitando.) "Con todo y eso, volverán. ¡Acuérdate que te lo digo!"

CARMIN: No, Awilda, ¿cómo vamos a regresar, si...?

AWILDA: Pues, yo creo como papá. Tu pai, con ser tan arcaico, no ha nacido para agricultor. Y cuando papi dice que con la lechería no sacará los pies del plato...

CARMIN: Eso mismo le decía mami. Y también tío Pepe se lo dijo. ¡Pues no! Como papi ~~siempre~~ es tan testarudo.

AWILDA: ¿Testarudo? Tu pai es un chiflado. Tu me perdonas, pero es la pura verdad. ~~¿Tú acuerdas cuando le dijo con que la televisión era lo peor del mundo?~~

CARMIN: Sí. Cuando a papi se le metió una cosa en la cabeza...
 AWILDA: Bueno. No fue hasta este año que dejó a mami comprar un televisor. Y eso, porque mami le compró con sus ahorros.

~~AWILDA: ¿Ves? Lo que yo te digo. ¡Tu papi es un arcaico!~~
~~Y papi tiene razón: lo que hará con esa finca, es perder~~
~~la verás como dentro de dos meses se vuelven para~~
 San Juan.

CARMIN: ¡Ay! Si así fuera... ¿Podré volver al colegio, verdad?

AWILDA: ¡Claro! Si a lo más, según papi, ustedes se quedarán en el campo seis meses. Pero, si no tienes nada más imaginar a tu mamá metida en esa montaña... Como dice mami: ¿tú crees que no va a echar de menos esa buena casa, aquí, en Caparra Heights?

CARMIN: ¡La pobre mami! ¿Qué va a hacer? Como es lo que quiere papi...

AWILDA: Pues, hija, lo que soy yo, cuando me case, si mi marido viene con que quiere irse a vivir a la selva... ¿Tú crees eso justo?

CARMIN: Yo se lo he dicho a mami: ¡Tú tienes la culpa! Porque si ella, cuando papá empezó con sus chifladuras, le hubiera dicho: ¡Conmigo no cuentes! Se hubiera parado... Pero, no. Primero le dije que no le gustaba. Y le pregunté: dónde íbamos a estudiar Waldo y yo. Pero papi dijo que ahora en el campo hay escuelas dondequiera...

AWILDA: Como si fuera lo mismo. ¡Que atrocidad!

CARMIN: Mami acabó por decir que estaba bien.

AWILDA: ¿Qué cosas! Y que tu mamá renunciara ^{a su profesión} ~~a su trabajo~~ ~~de maestra~~ para irse a criar puercos...

CARMIN: No. Es Waldo el que dice que va a criar puercos.

AWILDA: Si. Pero tu mamá...

CARMIN: Mamí no hace nada más que seguir a papi. Yo sé que a ella no le gusta, pero...

AWILDA: ¡Qué va a gustarle! Haz lo que te digo. Yo lo he probado con papi... Si te vas de frente, y le dices que quieres quedarte en casa, ¡no lo consigues! Pero si lo buscas la vuelta, como yo hago... ¡Tú lo sabes! A mí ya papi ni me pregunta a donde voy cuando salgo.

CARMIN: Pero es que papá...

(Naldo entra corriendo de la calle.)

NALDO: ¡Se fue la mudanza!

CARMIN: ¡Naldo!

(Naldo se detiene al llegar a la terraza, y se vuelve.)

NALDO: (Imitando.) ¿Qué es lo que quiere su majestad, la princesa...?

CARMIN: (Pateando el suelo.) ¡No empieces, Naldo! ¡No empieces!

AWILDA: ¡Tan pesado! Se ha puesto igual que Manolito.

(Naldo se acerca a Carmin, poniendo su semblante más inocente.)

NALDO: ¿Y qué yo he hecho?

CARMIN: ¡Nada! ¿Fue ahora que salió el truck?

NALDO: ¡Ahora mismo! Tú lo viste cuando lo prendieron aquí. ¡Cómo explotaba! Pues, se paró en la esquina a coger gasolina, y después, no quiso prender.

CARMIN: Y seguramente, papá, en seguida...

NALDO: ¡Eh! ¡Si no llega él, no prende! Papi levantó el bonete, y miró así..., y en seguida dijo: "los platinos" x. Y los sacó, y los limpió, y los ajustó.

CARMIN: ¿Pero no se fue con ellos?

NALDO: No. Se quedó en el puesto de gasolina. Porque cuando se venía..., don Gabino que llega. Y su carro le estaba fallando, y le preguntó a papá...

CARMIN: (Con indignación.) Sí. Y papi, en seguida se puso a trastear el carro de don Gabino.

NALDO: ¡Pues, claro! ¡Ah! Y mandó a decir a mamá... (Señalando a la caja en el suelo.) ¿Y esa caja?

CARMIN: Otra de las cosas que mamá quiere llevar en el auto.

NALDO: No sé porque papá dejó el carro ahí afuera. Mejor sería meterlo aquí.

CARMIN: Mira... ¡Atrévete! Bien sabes que papá ha dicho que no toques el auto.

NALDO: ¡Bah! Sinfonesa... ¡Greñda!

(Naldo salta a la terraza y desaparece por la puerta principal.)

AWILDA: Igual que Manolito. ¡Tan sangrigordo!

CARMIN: ¿Te fijas, Awilda? Allá en la esquina está papi, engrasándose todito, arreglando el automóvil de don Gabino...

CARMELA: (Su voz, desde dentro de la casa, llamando.) ¡Carmin!

CARMIN: (Sin hacer caso.) Pero es que papá... ¡Yo no sé!

AWILDA: ¿Ves? Y tú que decías que iban a salir al amanecer...

CARMELA: (Su voz, más cercana.) ¡Carmin! ¡Carmin!

CARMIN: Ese fue lo que dijo papá. Mandó que todos nos levantáramos a las cinco, y que porque él quería...

CARMELA: (Tras la ventana mami, llamando.) ¡Carmin!

CARMIN: (Volviendo el rostro.) ¡Ya voy, mamá! (A Awilda.) Pues quería que todos estuviéramos levantados antes de la salida del sol.

(Carmela aparece en la terraza con una escoba en la mano. Lleva la cabellera cubierta con un pañuelo.)

CARMELA: Hace rato que te llamo, Carmin.

AWILDA: Buenos días, doña Carmela... ¡Hasta ahorita, Carmin! Yo me voy.

(Awilda pasa la verja de un salto y desaparece en dirección a la casa vecina.)

CARMELA: Bien sabes lo que dijo tu padre: que quería salir temprano.

CARMIN: Pues allá está en la esquina, embarrándose de grasa.

CARMELA: ¿Qué dices?

CARMIN: (Con sorna.) Que papá ahora le está arreglando el carro a don Gabino.

CARMELA: Sí. Ya me lo dijo Naldo.

CARMIN: Tú siempre encuentras muy bien todo lo que hace papi.

CARMELA: ¡Niña! ¿Qué manera de hablar es ésa? ...¿Y todavía andas con la blusa por fuera? Mil veces te ha dicho tu papá que no le gusta verte así.

CARMIN: Es que todavía no vamos a salir... Y ya verás como papi no viene hasta las mil y quinientas.

CARMELA: ¡Mira, muchacha! No empieces... ¿Y esa caja? ¿Es la de los vasos?

CARMIN: (Como recordando.) ¡Ah! ¡Sí!

(Carmin recoge la caja.)

CARMELA: Yo allá adentro, esperando... Y tú ahí, charlando con Awilda, sin siquiera llevar esa caja al carro.

CARMIN: Pero, nani... ¡El auto está lleno! Es como si fuéramos una tribu de gitanos.

CARMELA: ¡No me repliques! Lleva esa caja, y vuelve en seguida.
¡Y arréglate esa blusa antes de que venga tu padre!

(Carmin se encamina hacia la calle. Carmela se pasa una mano por la frente, suspirando con resignación.)

CARMIN: (Su voz, desde fuera.) ¡Ahí viene el tío Pepe, mami!

(Carmela se quita el pañuelo de la cabeza, lo prende de su cinturón, se arregla el cabello con rapidez, asumiendo un aire de satisfacción, y sonríe a Pepe que se aproxima.)

CARMELA: ¡Hola, Pepe! ¿Tú por aquí?

(Pepe cruza la marquesina y sube a la terraza. Viste camisa sport de colores vivos.)

PEPE: ¡Oye, esa hija tuya está hecha un pimpollo! Sólo a tu marido se le puede ocurrir encerrarla en un campo de jurutango.

CARMELA: ¡Pepe, por Dios! Deja de echarle piropos a Carmin.

PEPE: ¡Adios mis cuartos! ¿Acaso un tío no puede piroppear a su sobrina?

CARMELA: Ya te he dicho que con eso la estás haciendo mujer antes de tiempo.

PEPE: ¡Pero si ya lo es!

CARMELA: ¡Pepe! Carmin cumplió quince años ayer..., como quien dice.

PEPE: Parece mentira, Carmela...

CARMELA: ¿Sabes lo que has sacado con tus cosas y tus bromas?

(Pepe se sienta en un muro de la terraza, saca un cigarrillo y lo enciende.)

PEPE: Lo que son tú y Bernardo...

CARMELA: Tus galanteos están poniendo a Carmín insoportable. Hasta se ha atrevido a decir que no se va con nosotros. Y como nos opusimos a que pasara las Navidades en casa del vecino, salió diciendo que se iba a vivir contigo. ¡Imagínate!

PEPE: Pues, yo... ¡Encantado!

CARMELA: ¡Pepe!

(Pepe se levanta y comienza a pasearse por la terraza.)

PEPE: Cualquiera diría que no tienes confianza en tu propio hermano. ¡Parece mentira! Que Bernardo no la tenga..., pase, ¿Pero, tú?

CARMELA: ¡Por Dios, Pepe! Yo no estoy para bromas.

PEPE: No estoy bromeando. Mil veces lo he dicho: lo que está haciendo Bernardo es un disparate. Y ahora te puedo decir más...

(Carmín ha regresado de la calle. A pasos cortos, y como queriendo oír la conversación, cruza la marquesina y sube a la terraza muy despacio.)

CARMELA: Espera, Pepe. (Acercándose a Carmín.) Coje la otra escoba y barre los cuartos. Y mira a ver que hace Naldo.

CARMÍN: ¡Tú ves, tío! Ya no hay remedio. Y tú que decías...

PEPE: ¡Nada de lloriqueo! A mí las muchachas que lloran no me gustan ni un poquito.

CARMELA: ¡Anda adentro, Carmín! Ya te he dicho que no le hagas caso a este tío loco.

(Carmín baja la cabeza y se lleva las manos al rostro, como quien comienza a llorar, y entra apresuradamente a la casa.)

CARMELA: Supongo que no habrás venido a mortificarnos, Pepe.

PEPE: A punto estuve de no venir... Y hasta creo que haría mejor, si no me metiera en lo que no me importa. Pero me parece que tu marido debe saber una cosa...

(Carmela hace ademán de entrar a la casa.)

CARMELA: Pues, espéralo ahí. El no puede tardar.

PEPE: No. ~~Si~~ Si sabes como es tu marido. Me resuelto decirte la cosa a ti. Y luego, ¡allá tú y él!

CARMELA: Bueno.

PEPE: Siéntate. No quisiera que Carmín y Naldo se enteraran.

(Carmela se sienta en el muro de la terraza con la escoba entre sus manos. Pepe sigue de pie.)

CARMELA: Espero que no sea para insistir en que Bernardo comete un disparate...

PEPE: ¡Caramba, Carmelita, créeme! Yo estoy más preocupado con esta aventura de Bernardo de lo que tú puedes imaginar... Por eso hice todo lo posible por persuadirlo. ¡Y que vender su casa, y renunciar a su buen empleo...!

CARMELA: De todo eso ya se ha hablado demasiado.

(Carmela se pone de pie, y lo que sigue lo dice en tono creciente de coraje, esgrimiendo a veces la escoba, como si pretendiera defenderse de gente que la acusa.)

CARMELA: No hay en toda la calle, quien no se crea con derecho a hablar: que si es un disparate mudarse al campo, que si la agricultura no produce, que si el negocio de vaquerías... Parece como si en toda Caparra no tuvieran en qué entretenerse. ¡Te digo, Pepe, que estoy harta! Estoy cansada de que tanta gente se meta en lo que no le importa. Y ya..., ya... (Conte-

niendo un sollozo.) Ya lo que quisiera es estar viviendo allá, y que la finca quedara todavía más lejos...

PEPE: Bueno, si te pones así... Entonces, lo mejor...

CARMELA: No. No ~~hazlo~~ lo digo por tí. Tí eres mi hermano, y es natural... ¡Lo digo por la gente que se mete en la vida de una!

PEPE: Lo mejor es no hacer caso, Carmela.

CARMELA: Tí sabes que la ida al campo no me gustaba ni un poquito. ¡Y mucho que discutí ese con Bernardo! Pero, ahora, sólo deseo salir de aquí. ¡Gracias a Dios que nos vamos ya mismo!

PEPE: Comprendo, Carmelita... Pero tú también debes comprender. El caso de Bernardo es algo raro. Es natural que la gente hable. Todos los días se ven familias del campo mudándose para la Capital. ¡Pero una familia de la Capital mudándose al campo...! No, chica, eso...

CARMELA: ¿Y qué tiene de raro?

PEPE: ¿Y todavía lo preguntas? ¿Dejar la Capital para irse a meter en una... sínsora, como dicen los jíbaros?

CARMELA: ¿Pero, no es Puerto Rico un país agrícola? ¿Y no puede haber gente que prefiera el campo a la ciudad? ¿Y no conviene...?

PEPE: Sí, sí, Carmelita... ¡Suena igualito que tu marido! No en balde dicen que después de quince años de matrimonio, la mujer comienza a parecerse al marido..., y el marido a su mujer.

CARMELA: No señor. No es porque le diga Bernardo. Yo creo...

PEPE: Sí... Tú crees... ¡Qué lástima que yo no haya encontrado todavía una mujer como tú..., que crea tanto en mí, como tú crees en Bernardo!

CARMELA: ¿Tú? Tú morirás solterón. Y por Dios, Pepe, deja esa manía de estar piropeando a las muchachas, porque vas a terminar en viejo verde.

PEPE: ¿Viejo verde? Parece mentira que insultes así a tu hermanito. Acuérdate que soy mucho menor que tú.

CARMELA: ¡Mucho, no! Solamente un año, Pepe.

PEPE: Bueno, bueno... En fin, en serio, Carmela. Lo que quiero decirte es algo importante. Te paso la información, y tú haces uso de ella si quieres, y si no...

CARMELA: ¿Qué información?

PEPE: Siéntate. Y cógelo con calma. Te aseguro que haré todo lo que pueda por arreglar la cosa... Aunque después Bernardo ni me lo agradezca.

CARMELA: (Sentándose de nuevo.) ¡No digas eso! Si en algo se distingue Bernardo, es en lo agradecido y en lo servicial.

PEPE: Sí, pero en cuanto a mí... Pero, no vamos a pelear por eso. Bien sé que él me tiene por un tarabana. Y yo... Yo de él creo que es un chiflado. ¡Estamos en paz!

CARMELA: Es que tú, Pepe...

PEPE: No. No tienes que defenderlo. Bernardo es un trabajador de primera. Mientras que yo... Bueno. A lo mejor él tiene razón. Yo tengo algo de poeta.

CARMELA: Mira que todavía tengo que hacer... ¿Qué es lo que me ibas a decir?

(Carmela hace ademán de levantarse.)

PEPE: No. No te levantes. Lo que tengo que decirte, lo diré sin preámbulos ni prólogos. Y es esto: No le han extendido a Bernardo su licencia.

CARMELA: ¿Licencia? ¿Qué lioen...? (Se pone de pie.) ¡Ah! Tu quieres decir... la licencia...

PEPE: Sí. La licencia. Un pedazo de papel. ¡Madá! Pero, sin ese pedazo de papel, no hay vaquería.

CARMELA: ¿Cómo?

PEPE: Ya te lo dije: ¡No hay papelito!

(Carmela sonríe, incrédula, como tratando de no darle importancia al asunto.)

CARMELA: Tú... y tus bromas...

PEPE: No, Carmela. No es broma. Y si no me decido a decirsele directamente a Bernardo, es por la discusión que tuvimos la semana pasada. Tú sabes que nos tiramos muchas flores de parte a parte... ¡Ahora no querrá ni oírme!

CARMELA: ¿Pero, es que él no lo sabe?

PEPE: No. Estoy seguro que no lo sabe. Y oficialmente, no lo sabrá hasta la semana que viene. Tarda una semana, por lo menos, en bajar una carta del escritorio del jefe al escritorio del subjefe...

CARMELA: ¿Qué quieres decir?

PEPE: Quiero decir, y digo, Carmelita, que Bernardo no tendrá vaquería.

CARMELA: ¡No puede ser! Ya terminó la reconstrucción de los establos. Y los inspectores de salud inspeccionarán el sitio...

PEPE: Sí. Estoy seguro que todo lo habré hecho muy en orden. ¡Si conoceré yo a Bernardo! Pero hay una cuestión, un nero tecnicismo... ¡Muy grave, Carmela! Según me informaron... Y es bueno que sepas que mi amigo trabaja en el propio negociado, a sólo unos pasos ~~del escritorio~~ de la oficina del jefe. ¡La in-

formación es de primera!

CARMELA: ¿Y qué es lo que dice tu amigo?

PEPE: ¡Casi nada! Que la solicitud de Bernardo no se ajusta al reglamento vigente, en cuanto al artículo 69... ¡o setenta y nueve!, el apartado efe minúscula de la sección B mayúscula... ¡Qué sé yo!

CARMELA: ¡No puede ser! Bernardo se pasó meses estudiando los reglamentos. ¡El lo hizo ha hecho todo de acuerdo con la ley!

PEPE: ~~¡Muy sencillo!~~ ¡Ahí es que está el problema! Eso es lo que ahora le perjudica. Si no se hubiera puesto a estudiar la ley, y los reglamentos, y las órdenes administrativas, y a preguntar aquí y allá, en cuanto oficina ~~se~~ tiene algo que ver con vacas y vaquerías... Si hubiera actuado calladamente, como lo hace todo el mundo, con mucha cínica ingenuidad, no tendría problema. Pero como se puso a llamar la atención de todo el mundo, preguntando qué leyes había que cumplir, y cuáles eran los reglamentos vigentes, y qué decían las órdenes administrativas... ¡Pues, hija, le han caído encima! Le están tirando a tu pobre marido con todas las leyes, y con cuanto reglamento ha inventado la mentalidad burocrática. ¡¡Está perdido!!

CARMELA: ¿Pero, cómo es posible? Si anoche mismo, Bernardo me decía que la oficina local le había felicitado por la reconstrucción de los estables...

PEPE: ¡Eso no importa! Aunque sean la última palabra en arquitectura de estables... Eso no tiene importancia, Carmela, cuando se trata, nada menos, que de un inciso de un reglamento. ¡El inciso está por encima de todo!

le va a negar a Bernardo una licencia...

PEPE: No. Yo no he dicho tal cosa. Este es el mejor país del mundo. Aquí no se le niega nada a nadie. ^USé muy bien que no le van a negar la licencia...

CARMELA: Pues, ¿entonces?

PEPE: Pere... Para los efectos, es lo mismo. No se la niegan. Lo único que sucede es que se enreda el asunto, y se barajan leyes y reglamentos, y el incise tal y el más cual... ¡X se ahoga todo en papeles! X ya, Carmelita, han empezado a caer sobre Bernardo papeles y más papeles... ¡Como si le cayoran mines!

(Carmela mira hacia la calle, y de pronto se vuelve.)

CARMELA: Pues, mira, ahí viene Bernardo. No le digas nada, Pepe. Por favor, ¡no le digas nada!

(Pepe saca un cigarrillo y lo enciende.)

(Bernardo entra en mangas de camisa, llevando en una mano un alicate y un destornillador. Desde la marquesina, saluda afablemente.)

BERNARDO: ¡Hola, Pepe! No esperaba que vinieras a despedirnos.

(Pepe se adelanta a extenderle la mano, pero Bernardo hace ademán de evadirlo por considerar que tiene la mano sucia.)

PEPE: ¡Ya ves! La familia... ¡es la familia!

BERNARDO: No, chico. Le estuve arreglando el carro a Gabino y tengo las manos sucias...

PEPE: (Estrechándole la mano.) No importa. Yo sé que no puedes estar sin trabajar un sólo minuto.

CARMELA: Bueno, Pepe, perdóname, en lo que termine allá adentro.

(Carmela entra a la casa.)

(Bernardo deposita las herramientas sobre el muro de la terraza. Pepe le ofrece un cigarrillo. Ambos fuman.)

BERNARDO: Nos irás a visitar, ¿eh? No quiero que por lo de la otra noche...

PEPE: ¡No hombre! ¡No faltaba más! Si en resumidas cuentas, todo se reduce a que a ti te gusta el campo, y a mí no me gusta. Por eso no vamos a seguir peleando.

BERNARDO: Sí, claro. Pero, no vayas a creer que porque la otra noche hablé de los empleados que no hacían nada...

PEPE: ¡Si es la pura verdad!

BERNARDO: No. En la discusión uno exagera. Yo hablé de vagos...

PEPE: Te digo que es verdad. ¡Yo soy uno!

BERNARDO: No hablaba por ti. Y no quería ofender...

PEPE: ¿Ofenderme a mí? ¡No hombre, chico! Tienes más razón que un santo. ¡Si lo sabré yo! Precisamente, me he enterado del asunto tuyo...

BERNARDO: ¿Sí?

PEPE: (Rectificando.) No, no. ¡Nada!

(Pepe da una vuelta, y hace una mueca como si se hubiera mordido la lengua.)

PEPE: Tú eres un hombre de trabajo, Bernardo. Yo... Yo lo confieso: ~~me~~ me fatigo de sólo ver trabajar.

(Bernardo ríe.)

BERNARDO: No digas eso. Yo te he visto trabajar fuerte.

PEPE: ¡Qué va! A mí siempre me ha gustado coger las cosas easy. ¡Por algo trabajo con el gobierno!

BERNARDO: Pues por ese mismo dejé yo el gobierno. A mí no desespera sentarme en un escritorio, y ver el mucho tiempo que se pierde...

PEPE: Mi querido Bernardo, perdona que te lo diga: Tú has nacido para burro de carga.

BERNARDO: ¡Lo prefiero! Prefiero ser burro de carga, a tener que sentarme detrás de un escritorio todo el santo día haciendo que se hace.

PEPE: Está visto, que no eres hombre de ahora. En la actualidad, lo importante no es hacer, sino hacer que se hace.

BERNARDO: Pues, yo, para eso, no sirvo.

PEPE: ¡Qué vas tú a servir! Tú eres de los que llegan a una oficina y se ganan el odio de todo el mundo... poniéndose a trabajar.

BERNARDO: Pero, Pepe, a las oficinas se va a trabajar.

PEPE: No. El trabajo es secundario. ¡Bendito, Bernardo! ¿Qué sería de ciertos individuos si no tuvieran una oficina a donde ir a gastar su tiempo y el de los demás?

BERNARDO: Tú omegas.

PEPE: No. Lo que pasa es que tú no acreditas a la oficina otras funciones sociales distintas ^{que las} del trabajo. ¿Qué sería de muchas esposas, si no pudieran librarse de sus maridos durante las horas ~~del día?~~ ^{del día?} ¿Y qué sería de los maridos, si no pudieran descargar en una oficina la cólera que se ven obligados a reprimir en sus hogares? Y así podría seguir ad infinitum.

BERNARDO: ¡Cuidado que a ti te gusta sacarle punta...!

PEPE: Yo no le estoy sacando punta a nada, Bernardo. ¿Si supieras por qué hablo así?

BERNARDO: ¿Sí? ~~¿No?~~

PEPE: No. ~~¡No!~~ Nada!

(Pepe repite la misma mueca, como si se hubiera mordido la lengua.)

(Bernardo recoge sus herramientas y se dispone a entrar en la casa.)

BERNARDO: Lo que parece es que has tenido algún nuevo encuentro en la oficina...

PEPE: No. Tú sabes que yo estoy muy bien parado en el gobierno. Por eso a veces no entere antes que nadie de ciertas cosas...

~~Y me da un brax.~~
~~Y me da cosas. Pero, ¡qué diablos!~~

BERNARDO: Bueno, el día que te ~~ocoran las cosas del gobierno~~

~~en serio.~~ → Bueno, el día que te ~~ocoran las cosas~~ en serio...

~~BERNARDO: ¿Por qué te ocurren esas cosas? ¿Por qué te ocurren esas cosas?~~

~~¿Por qué te ocurren esas cosas? ¿Por qué te ocurren esas cosas?~~

PEPE: Eso era lo que te estaba a ti cuando trabajabas con el gobierno. ¡Cogías todo tan en serio! Y nunca entendiste que las oficinas son centros de desahogos psicológicos.

BERNARDO: (Deteniéndose en la puerta.) En verdad, Pepe, que a ti se te ocurre cada cosa...

PEPE: Espera un momento. Estoy hablando muy en serio. Si hubiera menos jefes, y menos subjefes, y menos secretarias, ¿puedes imaginar la pucha gente que habría que someter a tratamientos Siquiátricos?

BERNARDO: Bueno, desde ese punto de vista... Hay un montón de oficinas que son verdaderas casas de locos.

PEPE: ¡Pues, claro, chico! Piensa en los muchos manicomios que tendría que sostener el gobierno si eliminara las muchas ofi-

X ~~cinas inútiles. ~~Un momento de silencio.~~~~

(Carmin sale por la puerta principal.)

CARMIN: Bueno, papi, ¡qué horas! Tú que decías que saldríamos al amanecer...

BERNARDO: ¡Si ya nos vamos! Es que este tío tuyo...

(Bernardo hace ademán de entrar a la casa.)

PEPE: ¡Pero, mira! ¡Qué ganas tiene de estar en el campo!

CARMIN: ¡Tío!

BERNARDO: Pues, mire, jovencita, arréglese esa blusa. (A Pepe.)
Deja ver si Carmela está lista.

(Bernardo entra en la casa.)

(Carmin mira a su tío con semblante compungido. Se acaricia los faldones de la blusa, pero con actitud desafiante, se la deja por fuera.)

(Pepe le da la espalda, y como si hablara a un auditorio invisible, comienza a recitar en tono discursivo.)

PEPE: Nada tan agradable como la vida de campo... ¡Qué delicia despertarse por las mañanas y poner la planta desnuda sobre la yerba humedecida por el rocío!

CARMIN: ¡Tío!

PEPE: (Sin hacerle caso.) "No quiero más señorío -- que una hamaca bajo el ala de un bohío -- y un bohío bajo el ala de un bambú..."

CARMIN: (Con sollozo de coraje.) ¡Tío!

PEPE: (Volviéndose.) ¡Nena! ¿No te gustan ya los versos de Llerenas?

(Carmín patea levemente el piso, se lleva las manos al rostro y hace muecas de llanto.)

(Pepé se acerca, le pasa un brazo por los hombros, y la obliga a sentarse en el muro de la terraza. Luego se sienta a su lado.)

PEPE: ¡Qué chiquilla! Parece que ya no te agradan las bromas.

CARMÍN: (Llorosa.) ¡Bromas! ¡Bromas! Tú te burlas... Como no tienes que ir a meterte en ese campo...

PEPE: (Levantándole el rostro.) ¡Vamos! ¡No es para tanto! Si en esta tierra ya no hay campos distantes... ¡Puerto Rico todo es una gran ciudad!

CARMÍN: Yo nunca he vivido fuera de San Juan... Y quiero quedarme aquí. ¿Por qué no puedo irme a vivir contigo?

PEPE: Bueno. Ese... En verdad... Es un poco... problemático.

CARMÍN: ¿Problemático?

PEPE: Sí. Porque... Tú sabes. Yo tengo un apartamento, pero... Los que vivimos en ese edificio, en su mayoría, somos hombres solteros... Y una muchacha como tú... No, no. ¡No puede ser!

CARMÍN: (Seria, y sin llanto.) Lo que pasa es que ya tú no me quieres. Ni papá me quiere. ¡Nadie me quiere!

PEPE: No digas eso, Carmín. En todo el mundo, no hay una sobrina tan querida por su tío como tú. Y tu papa... Bueno. Todos somos un poco chiflados, cada cual a su manera... Ya lo irás descubriendo.

CARMÍN: Lo que yo quiero es vivir mi vida.

PEPE: ¡Y la vivirás! No tienes porque apresurarte. Te aseguro que en cuanto comiences a vivir tu vida, vas a encontrar cada cosa desagradable... ¡Tú tienes muchos años por delante!

CARMÍN: ¡Muchos? Sí, porque tú crees que no cuenta el encontrarse en un campo... ¡Es como dejar de vivir!

PEPE: ¡Que va, nena! Si ya en Puerto Rico no hay campos. Mira, todos los domingos voy a irte a visitar. Y el domingo que quieras, te traigo ~~maíz~~ a pasear a San Juan.

CARMÍN: ¿De veras, tío?

PEPE: (Levantándose.) ¡Pues, claro! Ya verás lo mucho que nos vamos a divertir.

(Carmela sale a la terraza, lista para partir.)

CARMELA: No estés sensacando a Carmín, Pepe. ¡Ya te lo he dicho!

PEPE: ¡Carmela! Si precisamente, le hablaba del campo, y de que la voy a ir a visitar todos los domingos.

(Bernardo sale, seguido por Haldo. Ambos llevan algunos paquetes.)

BERNARDO: ¡Sí, hombre! Espero que te vayas para allá los domingos. ¡No faltará su arroz con pollo... y su palito!

(Haldo empuja a su padre y se adelanta, diciendo: "¡adios, tío!", y sale en dirección a la calle.)

PEPE: Iré. Pero lo que es a dormir... A eso sí que no me cogen.

CARMELA: Ya se sabe, que sin el ruido de las guaguas, tú no puedes pegar los ojos. (A Carmín.) ¿No te dije que te metieras esa blusa por dentro?

CARMÍN: Sí, mamá. ¿Y mis cosas?

CARMELA: Están en un rincón, en tu cuarto. Cógelas, y cierra la ventana de la sala. Es lo único que queda abierto. Después, no tienes nada más que tirar la puerta.

(Carmín entra ^{en} la casa.)

(Se oye, llamando, la vozina de un automóvil.)

BERNARDO: Ya Naldo está en el carro. ¡Vámonos!

(Bernardo baja de la terraza a la marquesina.)

BERNARDO: Buenc, Pepe, te espero allá el domingo.

PEPE: Sí. Iré.

(Bernardo sale en dirección a la calle.)

CARMELA: ¿No le digiste nada, verdad?

PEPE: No. Estuve a punto. Pero ~~me~~ no le dije nada. Ya recibiera su papel. ¡El papel se lo diré!

(Pepe estrecha la mano a Carmela.)

PEPE: ¡Adios, Carmelita!

CARMELA: ¡Adios, Pepe!

(Pepe gira sobre sus talones y sale apresuradamente.)

(Carmela da unos pasos hasta llegar al lado de la ventana mirando de la sala. Desde el interior, Carmín cierra la ventana.)

(Carmela se detiene de súbito, vuelve atrás la mirada y baja la cabeza.)

(Se oye insistente la bocina del automóvil.)

(Carmela se yergue y sale con la cabeza erguida, andando con rapidez.)

(La escena queda sola por un instante.)

(De pronto se oye un portazo fuerte. Carmín reaparece en la terraza. Se ha arreglado la blusa. En una mano lleva un pequeño maletín de viaje. En su brazo derecho sostiene una muñeca grande.)

(Carmín avanza hasta el lugar donde estuvo parada su madre. Se detiene y parece sollozar. Luego oprime contra su pecho la muñeca.)

(Se oye de nuevo la persistente bocina del automóvil.)

(Carmín sale lentamente.)

(La bocina del automóvil sigue sonando.)

Escena 2014.3
(Dehues R. 12)

~~Escena 2014.3~~



Cuadro IIEscena 1

Escena en tinieblas. Al fondo, un telón oscuro. El espacio a la derecha del espectador se ilumina de súbito. Se hace visible una oficina. Sentada ante su maquinilla de escribir, una mecanógrafa teclea de espaldas al público. Hay un archivo y una que otra silla. Un tabique con una puerta separa la oficina exterior del despacho privado del jefe del negociado. Sentado tras su escritorio, Manolo habla por teléfono, tirado hacia atrás en la butaca. Es hombre de mediana edad y se considera joven y buen tipo. Está en rangas de camisa: las mangas arrolladas hasta los codos, la camisa dsabotonada, la corbata desajustada.

MANOLO: (Al teléfono.) Te digo que sí. ¡Déjalo por mi cuenta! Jaime es amigo mío... Y también fraterno, sí. Estoy seguro que no se negará. (Pausa.) ¡Qué va, chico!

(Manolo alarga una pierna y la descansa sobre una silla.)

MANOLO: (Al teléfono.) Ese no funciona. Sí, sí... Sé que tienes prisa. Pero hay que cumplir con el trámite que dispone la ley. ¿Quéee? (Pausa.) Pues te han informado mal. Eso toma, por lo regular, dos semanas. ¡Date cuenta, chico! Son muchos papeles... Y hay que constatar cada partida. ¡Tú lo sabes! Pero, cuenta conmigo. Yo le daré mi empujoncito. (Ríe.) Puedes llamar cuando quieras. Aquí estamos para servir. Pero, una cosa: ¡nada de acharle flores a mi secretaria! (Ríe.) ¡Es un bombón! Sí, sí... Hasta luego.

(Manolo devuelve el audifono a su lugar, sonríe, y conecta el aparato de comunicación entre oficinas.)

MANOLO: ¡Matildita, mi'ja! Búscame el "folder" del caso de Gabino Fuertes.

MECANOGRAFA: Sí señor.

(Manolo examina algunos papeles que tiene sobre su escritorio.)

(La mecanógrafa abandona su escritorio, abre el archive, extrae un cartapacio y pasa al despacho privado.)

MECANOGRAFA: Aquí está, don Manolo.

(Manolo recibe el cartapacio, lo abre y hojear los papeles.)

MANOLO: ¡Ahjái! Y dime, Matildita, ¿el informe especial sobre este caso, se ~~terminó~~ pasó ya a investigación?

MECANOGRAFA: Sí señor. La semana pasada.

MANOLO: Pues mira, si mañana no llega la confirmación, me lo das un toque por teléfono a Jaime.

MECANOGRAFA: Sí señor.

MANOLO: ¿Terminaste de sacarme las copias?

MECANOGRAFA: Estoy en la última página.

MANOLO: Pues, Matildita, mi'ja, tan pronto termines, me avísas, para dictarte unas cosas. A ver si salimos de todo este trabajo...

MECANOGRAFA: Sí señor.

(Manolo se concentra de nuevo en los papeles que tiene sobre su escritorio.)

(La mecanógrafa pasa a la oficina exterior, se sienta ante la maquinilla y reanuda su labor.)

(Bernardo surge de entre las sombras. Viste un traje oscuro, gabán y corbata, y lleva un sombrero de fieltro en la mano.)

BERNARDO: Señorita...

(La mecanógrafa interrumpe su labor.)

MECANOGRAFA: ¡Dígame, señor?

BERNARDO: Quisiera ver al señor Rivera, si se puede...

MECANOGRAFA: ¿Su nombre, por favor?

BERNARDO: Bernardo Cedeño.

(La mecanógrafa conecta el aparato de comunicación entre oficinas.)

MECANOGRAFA: Don Manolo, el señor Bernardo Cedeño desea verlo.

MANOLO: ¿Bernardo?

(Manolo interrumpe su labor, abandona apresuradamente su escritorio y pasa a la oficina exterior. Avanza con los brazos extendidos y abraza alborozado a Bernardo.)

MANOLO: ¡Hombre, Bernardo! ¡Tanto tiempo! ¡Qué alegrón me da verte!

(Luego de abrazar a Bernardo, Manolo se sienta sobre el escritorio de la mecanógrafa.)

MANOLO: ¿Qué es de tu vida, muchacho? Siéntate. ¡Siéntate!

(Bernardo se sienta en una silla.)

MANOLO: (A la mecanógrafa.) Bernardo y yo estudiamos juntos. Nos graduamos el mismo año en Caguas. (A Bernardo.) ¿Te acuerdas? ¡Qué tiempos aquellos los de la High!

BERNARDO: (Sonriendo,) Ya han pasado bastantes años.

MANOLO: Sí. Unos añitos... Bueno, ¿y qué te trae por aquí?

BERNARDO: Pues... Yo tengo una finca...

MANOLO: ¡Ah, sí! Tu cuñado Pepe me dijo que compraste una finca. ¡Cómo te envidio! Esos son mis sueños, chico. Si yo pudiera guardar unos chavitos, me compraba una finquita y me dedicaba a vivir tranquilo. Tú sabes como mata este trajín de oficina. (A la mecanógrafa.) ¿Quién iba a pensarlo? Bernardo metido a agricultor. Si supieras, Matildita, que ahí donde tú lo ves... ¡fue un atleta de primera! ¡Y qué buen pelotero! (A Bernardo.) Oye, si tú hubieras seguido en el equipo aquel... ¿Cómo es que se llamaba?

BERNARDO: (Sonriendo.) Los Tigueros... Los Tigueros cayeyanos.

MANOLO: ¡Eso mismo! (A la mecanógrafa.) En el terreno del juego eran verdaderos tigueros. De ese equipo fue que salió el gran Caquito. (A Bernardo.) Y mira a donde fue a parar: a las grandes ligas.

BERNARDO: Y llegué a hacer el mejor promedio en bateo.

MANOLO: Pues no es por alabarte, pero tu estilo era superior al de Caquito. (A la mecanógrafa.) Figúrate, Matildita, que en un partido en Caguas, este metió cuatro jonrones en cuatro oportunidades al bate. (A Bernardo.) Tú nunca debiste abandonar el deporte.

BERNARDO: ¡Qué tú quieres! Después que me casé...

MANOLO: Sí. A Carmela..., como que nunca le gustó que fueras pelotero.

BERNARDO: No. Lo que pasa es que... ¡Tú sabes! Las obligaciones.

MANOLO: Sí. Después que nació tu hija... ¿Oye? ¿Qué es de Carmin?

BERNARDO: Echa una señorita. Casi, casi... La traje conmigo a San Juan.

MANOLO: ¿De veras? Pues tienes que llevarla por casa. Debe ser muy bonita, porque a juzgar por su madre...

BERNARDO: Fea, fea... no es.

MANOLO: (Riendo.) Pues salió a la madre, porque si hubiera salido a ti... Bueno.

(Manolo se pone de pie y le pasa un brazo por los hombros a Bernardo. Este se levanta.)

MANOLO: Vamos a mi oficina. Pepe me dijo algo de tu problema.

(Manolo empuja suavemente a Bernardo, quien pasa al despacho privado y se sienta. Manolo se detiene en la puerta.)

MANOLO: Matildita, el memorandum... ¡Deja ver!

(Le mecanógrafa se le acerca con una libreta de apuntes.)

MECANOGRAFA: (Examinando la libreta.) A las diez usted quedó en llamar al señor Miranda.

MANOLO: ¡Ah, sí! A las diez en punto llama a su oficina y me pasas la llamada.

MECANOGRAFA: También usted prometió tener listas sus proposiciones sobre la manera de hacer más eficiente la labor del negociado.

MANOLO: ¡Ahujá! Te dictaré unos puntos cuando te llame ~~me~~ para trabajar en el informe de la comisión.

MECANOGRAFA: A las dos es la reunión de los jefes de negociados.

MANOLO: Sí, sí. Ponme en una carpeta la copia de los planes que están en el archivo. Oye, y... ¿Lo recordaste al Lodo. Viruet la cosa de esta noche?

MECANOGRAFA: Lo haré ahora mismo.

MANOLO: No tienes que molestarlo a él. Habla con su secretaria. Que ella se lo recuerde.

MECANOGRAFA: Sí señor.

(La mecanógrafa se vuelve hacia su escritorio.)

(Manolo entra a su despacho y se sienta en su butaca.)

MANOLO: A ver, a ver... Explicame. ¿Cuál es tu problema?

(Bernardo extrae del bolsillo interior de su chaqueta varios papeles y los pasa a Manolo. Este los examina y luego parecen continuar hablando en voz baja.)

(La mecanógrafa se sienta ante su escritorio, levanta el audífono del teléfono y llama.)

MECANOGRAFA: ¡Haló! (Pausa.) ¿Pepita? (Ríe.) No, no. La cosa es contigo. (Pausa.) ¿Qué quieres, chica? Don Manolo todavía se cree un pollo. (Ríe.) Para tener un jefe como el tuyo, que tiene más cara de cascarrabias... (Pausa. Mira hacia el despacho privado, haciendo esfuerzos por contener su risa.) Yo no permito que se hable así de mi jefe. Si lo vieras lo mono que se pone cuando me llama: "¡Matildita, mi'ja!" (Ríe.) Bueno, chica, deja eso. Y oye: don Manolo quiere que le recuerdes al Licenciado lo de esta noche. (Pausa.) ¡No me digas que no lo sabías! Si es el baile de la Fraternidad... Sí, sí... Don Manolo no quiere que el Licenciado falte. (Pausa.) Sí. El lo sabe. ¡Lo que tú tienes que hacer es recordárselo! (Pausa.) Pues aquí, chica, hace un calor... Hace un año que están hablando de

poner aire acondicionado. Pero, ¡qué va! Esta oficina es terrible. (Pausa.) Pues no te rías. Lo que soy yo, de buena gana vendría a la oficina en traje de baño... ¡Hasta luego!

(La mecanógrafa devuelve el audifono a su lugar y reanuda su labor en la maquinilla.)

(Manolo se echa hacia atrás en su butaca, mientras Bernardo recoge sus papeles y los guarda en el bolsillo interior de su chaqueta.)

MANOLO: Pero, chico, ¿cómo no habías venido antes a verme? Parece mentira. Pepe no me explicó con claridad la cosa. ¡Tu no caes dentro del nuevo reglamento!

BERNARDO: Eso suponía yo. Pero como en esa oficina no dijeron...

MANOLO: Esa gente no sabe lo que tiene entre manos. Tu caso está fuera de esas definiciones. Mira, esta misma tarde, en la reunión de los jefes de negociados, yo voy a levantar ese asunto. Y lo voy a usar de ejemplo para mostrar lo que cuestan las ineficiencias del gobierno. ¡A mí estas cosas me revientan!

BERNARDO: Bueno, si tú crees... No llenaré el formulario...

MANOLO: No. Eso no se aplica. Tu negocio es anterior al reglamento.

BERNARDO: Entences...

MANOLO: ¡No hagas nada! Y como yo sé que te corre prisa... ¿Por qué no nos vemos esta noche?

BERNARDO: Si tú crees...

MANOLO: ¡Sí! Me digiste que andas con tu hija, Carmín? Pues, mira, esta noche tenemos un bailecito de familia en la Casa de la Fraternidad... Yo voy con la mujer y las hijas... Tu sabes. Pues..., ¡te invito! ~~Manolo se echa hacia atrás~~ Te llevas a Carmín,

claro! Y así esta misma noche sabrás como marcha el caso.

(Manolo se pone de pie y Bernardo le imita.)

BERNARDO: Iré, sí. Carmin se volverá loca.

(Manolo le pone un brazo sobre el hombro a Bernardo y ambos pasan a la oficina exterior.)

MANOLO: No sabes el gustazo que me has dado viniendo a verme.

BERNARDO: ¿Y crees que si los jefes de negociados resuelven...?

(La luz comienza a apagarse. Se oye una música lejama. El despacho privado se sume en tinieblas.)

MANOLO: ¡Déjalo de mi cuenta! Eso yo lo arreglo.

(Manolo le da unos golpecitos en la espalda a Bernardo, a manera de cariñosa despedida.)

(Bernardo se pone el sombrero. La oficina se va sumiendo en las sombras. La música sube de tono. Bernardo se pierde en la oscuridad, pero se sigue oyendo, ~~ix~~ fundida con la música, la voz de Manolo.)

MANOLO: Eso yo lo arreglo. Yo lo arreglo... Yo lo arreglo...

Escena 2

Escena en tinieblas. Al fondo, un telón oscuro. El espacio a la izquierda del espectador se ilumina de súbito. Se hace visible una parte de un café en San Juan: dos mesas con sus sillas, y al fondo, un bar. La claridad de la calle parece iluminar el lugar desde la extrema izquierda. Un mozo limpia ~~con un paño~~ un paño una de las mesas. Entran Bernardo y Pepe.

PEPE: Nos encontraremos con ella aquí.

(Pepe mira hacia todos los puntos, como quien busca a alguien.)

PEPE: Aun no ha llegado. Debe estar todavía por las tiendas.

BERNARDO: (Examinando el lugar.) ¿Y tú no pudiste hallar otro sitio..., un sitio mejor...?

PEPE: ¿Y qué tiene este sitio? (Al mozo.) ¡Ehy! Traete una soda... ¡con ron!

BERNARDO: ¡Pues, por éso, Pepe! Esto no es otra cosa que un bar. ¡Y le diste cita a Carmin aquí!

PEPE: ¡Ah! Bueno... Pero es un café decente. Siéntate. ¿Qué quieres tomar?

(Pepe ocupa una silla. Bernardo coloca su sombrero sobre una silla y se sienta en otra. El mozo, de pie, aguarda por la orden.)

BERNARDO: ¿Estás seguro que Carmin vendrá aquí?

PEPE: ¡Claro que sí! Yo la acompañé en unas vueltas por San Juan. Luego paramos aquí, tomamos café, y ella dijo que quería hacer unas compras. Quedamos en que nos encontraríamos aquí a eso de las... (Mirando su reloj.) A las cinco. ¡Ya son

las cinco! Pero, como mujer al fin, tardará..., por lo menos un cuarto de hora. ¿Qué quieres tomar?

BERNARDO: Lo que tú pidas.

PEPE: (Al mozo.) Sírvete dos buenos palos de ron con soda.

(El mozo se retira.)

(Pepe y Bernardo encienden cigarrillos y fuman.)

PEPE: Tú crees que ya resolviste el problema...

BERNARDO: Tanto como eso, no. Todavía no me han entregado el permiso. Pero estoy seguro que Manolo arregla la cosa.

PEPE: (Incrédulo.) Manolo... ¡Hum!

BERNARDO: Mira si puso interés en mi asunto, que insistió en que le viera esta noche. Y como tiene que llevar a la familia a un baile, me invitó a que lo acompañe. Voy a llevar a Carmin.

PEPE: Lo del baile está bien. A Carmin le encantará.

BERNARDO: Sí. Por eso acepté. La pobre Carmin se aburre en el campo. Y cuando viene a San Juan, se vuelve loca.

(El mozo reaparece con el ~~suspedido~~ pedido, y luego de servir, se retira.)

PEPE: (Brindando.) ¡Por el baile!

BERNARDO: (Levantando su vaso.) Por algo más importante. ¡Por la licencia!

PEPE: Lo de la licencia es harina de otro costal.

BERNARDO: ¿Tú crees?

PEPE: Bernardo... ¡En verdad... ¡Tú eres un ingenuo! ¿Crees que porque Manolo te dijo que iba a atender el asunto...?

BERNARDO: ¡Hombre! Quedó hasta en plantear la cosa en una reunión de jefes de negociados. Por eso quiere verme esta

noche, para informarme...

PEPE: No confíes mucho en Manolo.

BERNARDO: ¿Por qué no? Estudiamos juntos. Fuimos muy amigos en la High de Caguas, y después...

PEPE: Sí, sí. Manolo es un buen taco. Un amigazo. ¡Amigo de todo el mundo! Pero, en esas cosas de oficina..., no vale ni la buena voluntad.

BERNARDO: Pero él es el jefe del negociado.

PEPE: ¡Bah! Los jefes son meras tuercas de un engranaje.

BERNARDO: Puede ser. Pero, en mi caso, él tiene un interés particular.

PEPE: Eso a veces es mejor que nada. Pero, en esa maraña de oficinas, en ese misterio de misterios...

(Pepe vuelve la cabeza en dirección al bar.)

PEPE: (Llamando.) ¡Mozo! Oye, sírvete dos más... ¡De lo mismo!

BERNARDO: Tú no tienes confianza en Manolo.

PEPE: En Manolo sí. En lo que no confío es en la oficina.

BERNARDO: Pues yo estoy seguro que esta noche me da una buena noticia. Es más, te aseguro que antes de salir el mes, tengo la vaquería en producción.

PEPE: ¡Ojalá, Bernardo! ¡Ojalá! Pero, no confíes.

(El mozo trae el nuevo pedido, ~~xxxxxxxxxxxxxxxx~~
~~xxxx~~ sirve, recoge los vasos vacíos, y se retira.)

BERNARDO: Lo que pasa es que tú ^{eres} ~~xxxxxxxxxxxx~~ un pesimista. Bien que me acuerdo de lo que me digiste cuando te hablé de comprar la finca... ¡Si vieras cómo he puesto aquello! El establo está cambiado. ¡Y tengo unas vacas...! En cuanto se resuelva lo de la licencia, la compañía pasterizadora me

empieza a coger la leche. Ya verás como antes de seis meses... ¡Aquí está Carmin!

(Bernardo y Pepe se ponen de pie.)

(Carmin entra sonriente. Viste como adolescente, con ciertos toques de mujer, pero sin dejar de parecer niña por completo. Porta varios paquetes.)

CARMIN: ¡Ay, papi! ¡Tantas cosas lindas que hay en esas tiendas! ¡Le dan a una unas ganas de ser rica!

PEPE: Un día lo serás. Y podrás comprarte una tienda completa, sólo por el gusto de comprar.

BERNARDO: Siéntate, hija. Dame acá esos paquetes.

(Bernardo coloca los paquetes ^{en} ~~sobre~~ una silla.)

CARMIN: (Sentándose.) ¡Si vieras lo que te compré!

(Bernardo y Pepe ocupan sus lugares en la mesa.)

BERNARDO: ¿A mí?

CARMIN: Sí. ¡Una cosita tan mona! Te tiene que gustar.

PEPE: ¿Y a mí?

CARMIN: A tí... ¡nada! Con los chavos que me diste lo compré un regalo a mami. (A Bernardo.) Pero lo mejor es lo que te compré a ti. ¡Adivina!

BERNARDO: Pues... Será... ¡Una corbata!

PEPE: Apuesto a que son unos calcetines.

CARMIN: No. Nada de eso. ¡Más nunca lo adivinarían! Te lo voy a enseñar, papi.

(Carmin alcanza un pequeño paquete, lo coloca sobre la mesa y lo abre.)

CARMIN: Como yo sé que tú sueñas con tener muchas, y como te gusta tanto el campo...

(Carmin pone al descubierto el modelo de una vaquita con una cinta al cuello, de la que pende una ~~campanita~~ pequeña campana.)

BERNARDO: ¡Una vaquita!

PEPE: ¡Adios, mis cuartos! ¡La vaqa lechera!

CARMIN: Y mira, tiene una campanita... ¡y toca!

(Bernardo levanta la estatuilla en sus manos y la contempla embelesado.)

BERNARDO: Es el mejor regalo que he recibido en mi vida.

PEPE: Pues dile ahora lo de la invitación. ¡Dile!

CARMIN: ¿Invitación?

BERNARDO: Si, Carmin. Nos han invitado a un baile.

CARMIN: ¿Un baile, papi? ¿Y a mí también?

~~XXXXXXXXXX~~

~~(Pepe apura el trago de licor.)~~
(Pepe apura el trago de licor.)

BERNARDO: A ti también, sí. Resulta que fui a ver al jefe de un negociado..., y es un viejo amigo. Me recibió muy afable, y me va a resolver el problema de la licencia. Y como quiere darme la buena noticia esta misma noche... Pero, tiene que llevar a la familia a un baile. Entonces, cogió y dijo: "¡Pues tú también vienes al baile!"

CARMIN: ¿Y me llevas, papi?

BERNARDO: ¡Claro que sí! El mismo insistió en que te llevara. Te conoció cuando eras chiquita. Y como tu mamá no está... ¡Iremos tú y yo!

(Carmin parece a punto de saltar de alegría. Pero de pronto se entristece.)

CARMIN: Pero, papi... Yo no tengo traje para ir a un baile.

PEPE: Mmm... Habrá que comprar uno.

BERNARDO: ¿Comprar?

CARMIN: (Súbitamente alegre.) No, no. Lo que tenemos que hacer es ir a casa de Awilda. ¡Awilda me prestará un traje!

(Carmin se pone de pie y Bernardo y Pepe la imitan.)

BERNARDO: Entonces, Pepe, vé a visitarnos. ¿Cuándo vas a ir?

PEPE: Un día de estos. Cuando menos se lo esperen.

(Carmin toma a Bernardo por un brazo.)

CARMIN: ¡Vamos, papi! Tenemos que llegar pronto a casa de Awilda.

PEPE: Sí, sí. Se les hace tarde. Ya nos veremos, Bernardo. Ojalá que esta noche Manolo pueda darte una buena noticia.

(Bernardo se pone su sombrero y recoge los paquetes de la silla.)

BERNARDO: ¡Oh! Estoy seguro. ^{y a apagarse la luz.}
~~¡Oh! Estoy seguro.~~

PEPE: Y en cuanto a usted, señorita..., que goce mucho.

(Carmin se yergue, apretada al brazo de su padre con orgulloso porte de persona mayor.)

CARMIN: Gozaré. ¡Y mucho! Y estoy segura que ninguna muchacha irá a ese baile con un hombre tan guapo.

(Bernardo sonríe a su hija, y ambos salen, marchando alegres, cogidos del brazo.)

(Pepe los sigue con la vista. La música sube de tono y las sombras invaden el lugar.)

(Pepe se vuelve hacia la barra.)

PEPE: ¡Otro palo, mozo!

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO IIUn año después→ EDUARDO

~~Interior~~ Interior de una casa de madera. A la derecha del espectador, ocupando el mayor espacio: la sala. En sus paredes, que están sin pintar, se ven varios cuadros. El mobiliario es moderno y contrasta con lo tosco de la vivienda. Hay un televisor, un radio y un tocadiscos. Hay también un esquinero con algunas figurillas de porcelana. A la izquierda del espectador hay una pared simulada con una puerta, dividiendo la sala y un dormitorio. En este último se ve una cama y una pequeña mesa de tocador. A la derecha del espectador queda la entrada principal, a la que sin duda se llega, aunque no la vemos, después de subir una escalera de madera. El comedor está al fondo, y entre éste y la sala hay un medio punto, tras el que debe estar oculta la mesa ~~intencionalmente~~ de comer. Sólo alcanzamos a ver dos o tres sillas. Pero por los lados y por encima del medio punto, vemos claramente a las personas que entran y salen. En la pared de la derecha hay una ventana abierta. En la pared última, la más al fondo, hacia la izquierda, hay un hueco sin puerta que comunica con las demás dependencias. Pegado a esta última pared, hay un teléfono de campo. La acción se desarrolla en horas de la tarde.

(Se oye ruido de pasos precipitados en la escalera. Maldo entra corriendo por la puerta principal y arroja sobre una silla ~~en~~ sus libros y libretas escolares. Se vuelve con rapidez, y sale precipitadamente por la misma puerta.)

CARMELA: (Su voz.) ¡Maldo!

(Carmela sale al comedor por la puerta del fondo y llega rápidamente a la sala. Viste traje casero.)

CARMELA: ¡Naldo!

(Naldo reaparece en la puerta, displicente e inquieto.)

NALDO: ¿Qué es, mamá?

CARMELA: ¿No te he dicho mil veces que tan pronto llegues de la escuela te cambies de ropa?

NALDO: Pero mamá, es que doña Casilda...

CARMELA: ¡No me repliques! A ver si te vas a cambiar ese flus inmediatamente.

(Naldo cruza la sala y se dirige al fondo de la casa.)

NALDO: ¡Si yo me iba a cambiar en seguida! Lo que pasa es que doña Casilda está a punto de parir...

CARMELA: ¡Pues por lo mismo! ¿Qué te crees? ¿Que voy a estar todo el día lavando, y tú ensuciando y ensuciando?

NALDO: (Desde el comedor.) ¿Y qué pantalones me pongo?

CARMELA: Los mahones que te quitaste ayer.

(Naldo desaparece por la puerta del fondo.)

(Carmela recoge los libros y libretas escolares, y con gesto de desolación y cansancio, se dirige al comedor.)

CARMELA: Y estos libros... ¡No quiero que los dejes tirados por la casa!

(Carmela guarda los libros y libretas detrás del medio punto.)

(Carmín entra a la casa por la puerta principal. Viste uniforme escolar y viene con sus libros. Al ver a su madre, se deja caer sin ánimos en una butaca.)

CARMIN: ¡Ay, mamá! ¡Cómo cansa esa guagua! ¡Es tan vieja! Y tiene casi todos los asientos rotos.

CARMELA: (Tras el medio punto.) ¡Rotos por los mismos estudiantes!

CARMIN: Es que son unos salvajes, mamá. Bueno, yo te he dicho que esa escuela es la peor de todas. No enseñan nada... Imagínate que ahora, en la clase de inglés, estamos practicando aquello de: "Whatcha name?"

CARMELA: (Entrando en la sala.) No sé a donde iremos a ~~parar~~ parar con esa escuela.

CARMIN: Ese es aquí, mamá. En San Juan...

CARMELA: ¡En San Juan es lo mismo! La escuela está mal donde quiera.

CARMIN: (Levantándose.) Pues, no, porque yo me acuerdo que en San Juan...

NALDO: (Entrando al comedor, desde el fondo.) ¡Tú siempre soñando con San Juan!

CARMIN: No te metas conmigo, Naldo. ¡Tu vez, mamá!

CARMELA: No se pongan a pelear ahora.

NALDO: Pero si yo no le digo nada más que la verdad. Ahora mismo, en la guagua, se las venía echando de cuando ella estaba en el colegio en San Juan...

(Carmín avanza hacia Naldo, amenazándolo con el paquete de libros.)

(Naldo salta con agilidad y se defiende, colocándose detrás de una butaca.)

CARMIN: ¡Deja que te coja, y verás!

CARMELA: He dicho que se dejen de pelear.

NALDO: ¡Es ella quien me quiere dar!

CARMIN: (Gomiqueando.) ¡Pues no te metas conmigo! (Volviéndose hacia la madre.) ¿Tú sabes lo que hacía en la guagua, manita? Se sentó en el asiento de atrás, en la cocina, y con unos grandullones de la High, se puso a tirar bolitas a las muchachas.

NALDO: ¡Embuste! El que tiraba era Felo... ¡Y tú lo sabes! Pero como ése te gusta...

CARMIN: ¡Mami!

(Carmin se abalanza sobre Naldo, pero este alcanza la puerta de salida de un salto.)

CARMELA: ¡Carmin, deja a ese muchacho, y vete a tu cuarto!

(Carmin hace una mueca, y se vuelve, airada, en dirección a su habitación.)

CARMIN: (Abriendo la puerta.) ¡Pero manita, tú debías hacer que me respete!

NALDO: (Saliendo.) ¿Sabes, Carmin? Doña Casilda está a punto de tener puerquitos.

CARMIN: (A su madre.) ¿Qué es lo que ~~me~~ dijo?

CARMELA: Su puerca, la que llama doña Casilda, que está por parir.

NALDO: (Su voz.) ¿Y sabes el nombre que le voy a poner a una de las puerquitas?

(Carmin cruza violentamente la sala, y esgrimiendo los libros, como si los fuera a arrojar contra su hermano, se asoma por la puerta de salida.)

NALDO: (Su voz.) ¡Carmin, no! ¡Le pondré Sinferosa!

(Carmín cierra la puerta con coraje, y como imposibilitada de hablar por su propia ira, se dirige de nuevo a su habitación. La madre se le une, y le pasa un brazo por la cintura.)

CARMELA: ¡Pero hija! ¿Cuándo vas a aprender? Si son cosas de muchacho... Y todo ese le hace, porque sabe que te da coraje.

CARMÍN: (Sollozando.) Pues... ¡Por óso! Por eso...

CARMELA: ¡Bobal! Si no le hicieras caso, y te dejaras de niflerías... Verás como cuando te portes como una señorita, Naldo deja de molestarte.

CARMÍN: ¡Pero, mami!

CARMELA: ¡Anda, quítate ese uniforme!

(Carmín entra a su habitación, cerrando tras sí la puerta. La vemos guardar sus libros y acercarse al espejo y observar su rostro. Luego se desabotona la blusa y desaparece en el interior del cuarto.)

(Mientras tanto, Carmela pasa al comedor y sale por la puerta del fondo.)

(Se oyen pasos en la escalera.)

(Se abre la puerta principal y entra Bernardo. Viste pantalón kaki y lleva en sus manos algunos papeles, un periódico y varias cartas.)

(Tras Bernardo, Lencho se asoma a la puerta, y por un tiempo permanece recostado al marco con timidez, dando vueltas a su sombrero con la mano.)

BERNARDO: (Llamando.) ¡Carmela! Aquí tienes una carta. (A Lencho.)

Entra, Lencho. Vamos a tomarnos un trago de café.

CARMELA: ~~¡Entrando!~~ (Entrando al comedor.) ¿Una carta?

BERNARDO: Sí. De tu hermano. Y hay otra para Caruán.

CARMELA: (Mirando el sobre.) Sí. De Pepe.

BERNARDO: Trae café... Para mí y para Lencho. (Volviéndose hacia Lencho.) ¡Entra, hombre, y siéntate! Tenemos que hablar.

(Lencho da vueltas a su sombrero y se mira los zapatos.)

LENCHO: Don Bernardo, es que... Como tengo los zapatos tan sucios...

CARMELA: ¡Entre, Lencho! No se preocupe por el piso. Voy a colar el café, y ya mismo los sirvo.

(Lencho se sacude los zapatos en el umbral, y entra.)

(Carmela pasa al comedor y sale por la puerta del fondo.)

BERNARDO: (Sentándose en una butaca.) ¡Siéntate!

(Lencho se sienta en el borde de una silla.)

BERNARDO: ¡Por fin creo que estamos saliendo de apuros!

LENCHO: ¡Y mucho trabajo que le ha costado!

(Bernardo saca su caja de cigarrillos, ofrece a Lencho, y ambos fuman en el curso del diálogo.)

BERNARDO: Lo del trabajo, no me importa... ¡Yo lo sabía!

LENCHO: ¡Lástima que se perdieran las lluvias de mayo!

BERNARDO: Sí. Las perdimos por el maldito papaleo del gobierno, por todo aquel lío de la licencia... ¡Aquí no llegan más papeles!

(Bernardo arroja el periódico sobre la mesa, conservando una carta cerrada en la mano.)

LENCHO: Entodavía no me explique lo de su licencia. Porque si don Gaspar tenía la finca enantes, y la vaquería se corría con papeles... ¡Pue! No sé cómo...

BERNARDO: Es que cuando compré no me endosaron la licencia, y cuando el gobierno recibió mi solicitud, la calificaron como petición de nueva licencia.

LENCHO: Sí, don Bernardo. Pero es que, a un suponer: yo tengo una finquita --claro, yo no tengo na, pero suponiendo--, pue yo entonces vendo la propiedad... ¡El que compra es dueño de to, señor!

BERNARDO: (Riendo.) ¡Claro, es puro sentido común!

LENCHO: ¡Pue hombre! ¿Pa qué sirve una vaca sin ordeño?

BERNARDO: ¡Seguro, Lencho! Por un puro tecnicismo me tuvieron la vaquería parada un montón de tiempo. Es que el gobierno hace cosas que no tienen ni pizca de sentido común.

LENCHO: A mí me daba una pena... ver aquellas vacas comiendo matejo. Bueno, que estaban así...
 BERNARDO: ¡Cosas de la vida! Cuando reventaban de leche, no pude vender por falta de licencia. Y cuando al fin me dieron la licencia provisional, las vacas estaban secas.

LENCHO: ¿Se acuerda? Yo se lo decía: Ese ganac esgaritao por esos montes, se agosta. Después, aquellas ubres flacas, mandando sólo un chorrillo...

BERNARDO: ¡Pero ya estamos al otro lado, Lencho! Y agua pasada... Deja ver qué me dicen ahora.

(Bernardo rasga el sobre, extrae la carta y lee por unos segundos.)

(Lencho le observa con timidez, volteando el sombrero entre sus manos.)

(De pronto Bernardo arroja la carta sobre la mesa con violencia.)

BERNARDO: ¡Maldito sea! Todavía insisten en que tengo que mudar los estables.

LENCHO: ¿Cómo? ¿Mudar esas paredes de mampostería?

BERNARDO: Es el nuevo lfo. El gobierno ha sacado ahora un reglamento que prohíbe construir estables a menos de doscientos metros de una población.

LENCHO: ¡Pero, esos estables estaban ahí, desde tiempos de don Gaspar...!

BERNARDO: Sí. Pero a esta vaquería la han calificado de nueva. Por eso ahora no han querido darme licencia permanente. ¡Y la provisional ya está vencida!

(Carmela reaparece con un azafate y dos tazas de café.)

CARMELA: ¡Qué cosas tiene Pepe! Figúrate que me dice en la carta, que viene el domingo para acá con el Licenciado Lamaza y su familia, y qué sé yo cuánta gente más.

(Carmela deposita el azafate sobre la mesa.)

BERNARDO: ¡Pues me alegro!

(Bernardo pasa una taza de café a Lencho y toma la otra para sí.)

CARMELA: ¿Te alegras?

BERNARDO: Sí. Es tiempo de que preparemos una fiestecita.

CARMELA: ¿Fiestecita? Pero, Bernardo... Con esta casa como está... ¡Mira esas paredes! Aquí no hay comodidad... ¡Esas cosas de Pepe, no me gustan!

BERNARDO: Acuérdate que hace muchísimo tiempo que Pepe no viene por aquí.

CARMELA: ¡Pero, si yo quiero que venga! Que venga él. Pero

que no se presente aquí con todo un batallón de gente. ¡Y nada menos que con el Licenciado Lanuza!

(Lencho sorbe tímidamente su café, y hace como que no oye la discusión entre marido y mujer.)

BERNARDO: El Licenciado Lanuza es el que más me está ayudando en el asunto de la licencia.

CARMELA: ¡Pues por lo mismo! ¿Crees que esto está para recibir visitas? Una casa sin pintar...

BERNARDO: Bueno, está sin pintar por lo que acordamos. Recuerda que decidimos no meter un centavo más en este rancho.

CARMELA: Sí. ¡No vale la pena!

Bernardo: Yo te prometí terminar la nueva casa para las navidades... Pues, mira, la vamos a terminar antes.

CARMELA: ¿Tú crees?

BERNARDO: Sí. Ayer terminamos de tirar el piso. Y ahora voy a poder dedicarle todo mi tiempo. (Volviéndose hacia Lencho.) Tú, Lencho, te harás cargo del despacho de la leche... De eso era que quería hablarte.

LENCHO: Deje esa cosa por mi cuenta, don Bernardo. Yo soy bruto en cosas de construcción... Pero en ganado y leche... Como que donde chiquito estoy bregando con animales.

BERNARDO: Yo quiero que te hagas cargo de todo. (A Carmela.) Pues mira, Carmela, voy a entrarle de lleno a la construcción de la casa, ¡y estará lista antes de navidades!

CARMELA: ~~¡Qué!~~ ¡Dios lo quiera! Pero, eso no nos resuelve lo del domingo. La casa no tiene nada más que cimientos... Y te digo, Bernardo, que estoy cansada de lavar estos pisos, y esas paredes tan feas...

(Bernardo se pone de pie y se acerca a Carmela.)

BERNARDO: ¿Sabes lo que se me ocurre? ¡Vamos a tener la fiesta en la nueva casa!

CARMELA: ¿Estas loco? Si no tiene nada más que el piso, sin paredes, sin techo...

BERNARDO: ¡Mejor! Será una especie de gira... Pondremos un toldo, allí donde va a ser la terraza... Llevaremos una mesa... (Volviéndose hacia Lencho.) Lencho, la mesa que yo construí para poner los envases... ¡Y servirá de barra para servir las bebidas! Y asaremos un lechón bajo el árbol de tamarindo. Verás lo mucho que le gustará a tu hermano. ¡Si conoceré yo a Pepel!

CARMELA: Pero, Bernardo...

BERNARDO: ¡No hay peros que valgan! Tú irás a la gira como invitada. ¡Yo me encargaré de todo! ¿Y sabes lo que vamos a celebrar? (Se inclina sobre la mesa y recoge un papel.) ¡Imagínate si tenemos razón para dar una fiesta! ¿Sabes cuánta leche vendimos la semana pasada? ¡Mil ochocientos litros! ¡Y esta semana pasaremos de dos mil!

(Carmela se acerca más a Bernardo y le abraza.)

CARMELA: Entonces, también celebraremos los cimientos de la ~~nueva~~ nueva casa.

BERNARDO: Tú lo has dicho... ¡Los cimientos!

(Carmela se inclina sobre la mesa para recoger las tazas vacías.)

CARMELA: ¿Y esa carta?

BERNARDO: Es sobre el viejo problema del establo. Me dicen de San Juan que envían a un individuo con una orden. Y que yo

tengo derecho a apelar... ¡Qué sé yo! ¡Me tienen más cansados esos papeles...!

(Desde algún tiempo antes, Carmin ha vuelto a ponerse al alcance de la vista de los espectadores. Se ha quitado el uniforme escolar y viste un traje corriente. Sentada ante el espejo de su pequeña mesa de tocador, se arregla el cabello.)

CARMELA: Dios ~~quisiera~~ quiera que no resulte un pájaro de mal agüero.

~~XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX~~

BERNARDO: No. Vendrá con nuevos formularios... Bueno. ¡Ya veremos! (A Lencho.) Quiero enseñarte a llevar el record. La cosa es sencilla.

LENCHO: Yo sé poco de letras. Pero si no más hay que apuntar números...

(Bernardo y Lencho salen por la puerta principal.)

CARMELA: (Llamando.) ¡Carmin! Aquí tienes una carta. Te la dejo en el medio punto.

(Carmela sale por la puerta del fondo.)

(Al oír a su madre, Carmin se pone de pie, pasa de su habitación a la sala, recoge la carta, se sienta en una butaca y se concentra en su lectura.)

(Se oyen pasos precipitados en la escalera y Naldo irrumpe en la sala.)

NALDO: ¡Papá! ¡Papá! ¿Dónde está papá?

CARMIN: (Sin levantar la vista.) ¡Déjame! ¡No sé!

NALDO: (Saltando, inquieto.) ¡Doña Casilda está en peligro? ¿Y papá?

CARMEN: (Levantando la vista un segundo.) ¡Te digo que no sé!
(Carmela se asoma por la puerta del fondo.)

CARMELA: ¿Qué pasa, Naldo?

NALDO: (Corriendo hasta el comedor.) ¡Doña Casilda, mamá! Parece que tiene un dolor... ¡Y no ha podido parir todavía!

CARMELA: ¡Busca a tu padre! Creo que fue al establo con Lencho.
(Carmela desaparece.)

(Naldo gira sobre sus talones y vuelve sobre sus pasos. Al pasar, hala a Carmén el pelo, y sale corriendo.)

(Carmén hace una mueca de coraje, pero en seguida se concentra en la lectura de su carta. Tras unos segundos, se levanta, y sin despegar sus ojos del papel, se dirige hacia el comedor.)

CARMEN: ¡Es de Avilda, mamá! El ^{abuelo} ~~padre~~ estuvo en un baile en el Caribe-Hilton.

CARMELA: (Saliendo al comedor.) ¿Avilda, ya en bailes en el Caribe-Hilton?

CARMEN: ~~¡Sí!~~ ¡Y fue con un ~~partido~~... sola!

(Padre e hija llegan hasta la sala.)

CARMELA: ¡Una chiquilla..., metida ya en esos bailes?

CARMEN: Pero mami, si todas mis amigas del colegio están yendo a bailes. Solamente yo, por estar ~~mucho~~ enterrada en este campo...

CARMELA: ¡No empieces, Carmén! Bien sabes lo mucho que tiene que trabajar tu padre para levantar este negocio.

CARMEN: ¿Y mami, ahora que ya papi está ganando..., no podría yo volver al colegio, en San Juan?

CARMELA: Bueno, Carmén, eso... ¡No sé! Primero hay que terminar

de construir la casa. Después...

CARMEN: Yo podría quedarme en casa de Awilda...

CARMELA: ¡No sé, Carmín! A mí no me gusta la mucha libertad de Awilda.

CARMEN: Bueno, mamá, tú siempre tan antigua...

CARMELA: ¡Hija, antigua, no! Yo creo que los jóvenes deben tener libertad, pero... ¡no tanta!

CARMEN: Yo siempre..., aquí encerrada.

CARMELA: ¿Encerrada, tú? ¡Vaya con lo que llamas encierro! No hace una semana que fuiste al baile en casa de doña Fina. ¡Y todos los domingos vas ~~mucho~~ al pueblo!

CARMEN: ¡Bah! ¡Ese pueblo tan feo! Si tú vieras las muchachos... ¡Más antipáticos!

CARMELA: Pues no creo que los hijos de don Tomás sean antipáticos. Ni Felipe, el hijo de la viuda...

CARMEN: ¿Felipe? ¡Ay, mamá! ¡Es más sangrigordo! En casa de doña Fina se estaba haciendo el chévere, diciendo que sabía un paso nuevo de cha-cha-cha... ¡Pues no sabe bailar nada!

CARMELA: Pues, mira, el domingo aquí habrá jolgorio. Recibí una carta de tu tío...

CARMEN: ¿De tío Pepe? ¡Déjame leerla!

CARMELA: ¿Dónde dejó esa carta? Bueno, yo tengo ya la cabeza...

~~XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX~~
(Padre e hija cruzan el corredor y salen por la puerta del fondo.)

(Se oyen pasos en la escalera. Entran Naldo y su padre.)

BERNARDO: Yo creo que todavía no es tiempo. Déjala que descanse, y veremos.

~~11~~ (F)

NALDO: ¿Te fijaste en los ojos que pone doña Casilda? ¡Tiene dolores, papá!

BERNARDO: ¡No hay nacimiento sin dolores, hijo! Deja que la naturaleza trabaje. La puerca tiene un parto difícil. Como es primeriza...

(Bernardo y su hijo pasan al conedor.)

NALDO: ¡Pues por lo mismo, papá! ~~Yo voy a ver~~ Debíamos buscar el veterinario.

BERNARDO: ~~¡No!~~ Si la cosa se pone realmente seria, iremos en el jeep a buscarlo.

(Bernardo sale por la puerta del fondo.)

(Naldo regresa a la sala. ~~N~~ Se detiene un segundo, como el que se concentra, pensando. Luego descarga un puñetazo, impaciente, ~~zzzzzzzz~~ en su mano abierta, y se precipita hacia la puerta. Al abrir, tropieza con Lencho.)

~~NALDO: ¿Qué pasa, papá? ¿Qué pasa, papá?~~
NALDO: ¡Ah, Lencho! La pobre doña Casilda está sufriendo... Y papá no quiere llamar al veterinario.

LENCHO: A tu papá, lo procuran.

NALDO: ¿Quién?

LENCHO: No sé. Un señor de San Juan. ¿Tu papá vino pa'acá...?

NALDO: Sí. Está en la cocina. (Volviéndose hacia el interior, y llamando.) ¡Papá! Dice Lencho que un señor te está procurando.

BERNARDO: (Asonándose por la puerta del fondo.) ¿Qué es, Naldo? Te he dicho que dejes quieta a esa puerca... (Al ver a Lencho.) ¿Qué pasa, Lencho?

LENCHO: Un señor de San Juan, que lo procura.

NALDO: Yo bajo, papá. Y si doña Casilda se agrava, subo y te aviso.

(Naldo sale, y se lo oye bajar apresuradamente.)

BERNARDO: (Avanzando hacia la sala.) Dile a ese señor que suba.

LENCHO: Aquí viene.

(Se oyen pasos lentos en la escalera. Entra Casimiro. Viste gabán y corbata, y es portador de un cartapacio de cuero bajo el brazo.)

CASIMIRO: Buenas tardes, don Bernardo.

(Bernardo y Casimiro se estrechan la mano.)

BERNARDO: ¡Adelante!

LENCHO: (Desde el umbral.) Yo..., don Bernardo, entonces...

BERNARDO: (A Lencho.) Dale un vistazo a la puerca, Lencho. Naldo está muy preocupado... (A Casimiro.) ¡Siéntese! Está en su casa.

(Lencho desaparece.)

(Casimiro ocupa una butaca, colocándose el cartapacio sobre sus rodillas.)

(Bernardo se sienta.)

CASIMIRO: Usted, seguramente, recibió una carta de la oficina...

BERNARDO: Sí. ¿Un cigarrillo?

(Bernardo extrae su cajetilla de cigarrillos, ofrece al visitante, y a continuación, ambos fuman.)

CASIMIRO: Créame, don Bernardo, ~~que~~ nuestra oficina le ha dado la más seria consideración a su caso.

BERNARDO: A jugar por el número de cartas que han escrito...

CASIMIRO: ¡Exacto! Y por eso mismo hemos querido visitarlo. No

hay un solo ángulo del problema que haya escapado a nuestro estudio. Estoy seguro, que a la larga, todos los intereses quedarán satisfechos. Y en cuanto a usted, como dice el adagio, no hay mal que por bien no venga... Yo soy de los que creo, que con el tiempo, todo mal se transforma en un bien.

BERNARDO: Puede ser... ¡Con el tiempo!

CASIMIRO: ¡Exacto! Usted sabe que nuestra oficina aborda dos aspectos: uno, el de los alimentos propiamente... El otro, el otro aspecto, tiene que ver con el saneamiento ambiental. Su caso cae dentro de esa particular jurisdicción.

BERNARDO: ¡Ahujá...! Así me dijeron...

CASIMIRO: ¡Exacto! La intervención de nuestra oficina se limita al ambiente. Podría más bien decir..., abarca el ambiente. ¿Usted ve el punto, verdad?

BERNARDO: Sí. Vea...

CASIMIRO: Nuestra oficina desea sólo ayudarlo. Pero, claro está, primero ~~independientemente~~ tenemos que cumplir y hacer cumplir, la ley. ¡Usted sabe, don Bernardo, que la ley es la ley!

BERNARDO: ¡Uajum!

CASIMIRO: Y en su caso particular...

(Casimiro descorre la cremallera de su cartapacio y extrae un grueso legajo. Se pone sus espejuelos de concha y lo ojea rápidamente.)

CASIMIRO: Ochenta... Ochenta y uno... ¡Ochenta y nueve! ¡~~¡exacto!~~ (Levantando el rostro.) ¡Aquí está! Vea usted, don Bernardo. El reglamento, en este caso, es muy claro y explícito. Taxativamente prohíbe el funcionamiento de una vaquería dentro de ~~iz~~ una circunsferencia de ~~descientes~~ metros...

BERNARDO: (Interrumpiendo.) ¿Y usted me va a venir ahora de nuevo con ese cuento?

CASIMIRO: No es cosa de cuento, don Bernardo. Sólo queremos ayudar...

BERNARDO: (Levantándose.) ¡Qué ayuda ni que ocho cuartos! Eso ya se discutió en la oficina local...

(Carmela sale al comedor por la puerta del fondo y llega hasta el medio punto con gran expectación.)

(Carmela aparece detrás de su madre.)

CASIMIRO: Sí, don Bernardo. Pero la oficina en San Juan...

BERNARDO: ¡La oficina misma de San Juan también me escribió! Y por ahí tengo una carta en que me dicen, que los límites del pueblo, cuando se aprobó ese reglamento...

(Casimiro se pone de pie con aire amedrentado, sosteniendo con cierta confusión su cartapacio y el legajo de papeles.)

CASIMIRO: Sí, don Bernardo. Pero usted comprenderá...

BERNARDO: ¡No son los límites actuales! ¡El pueblo se ha expandido!

CARMELA: (Acercándose.) Bernardo...

BERNARDO: (Volviéndose con violencia.) ¡El pájaro de quien hablaste, Carmela! ¡Aquí está!

(Tras de oírse sus pasos precipitados en la escalera, Naldo irrumpe en la sala.)

NALDO: Papá... ¡Doña Casilda dió a luz el primero!

(La alegría de Naldo se congela ante la helada recepción.)

CASIMIRO: (Mirando a unos y a otros, sin comprender.) ¿Pájaro? ¿Qué pájaro ha dado a luz? ¿A luz..., un pájaro?

NALDO: (Amoscado.) ¿Y qué es lo que pasa?

BERNARDO: (Sonriendo.) No es nada, Haldo. Ya ves... Resultó como yo te decía.

NALDO: (Recobrando su alegría.) ¡Sí, papí! ¡Y más gordito el primero! ¡Yo creo que va a tener doce!

~~XXXXXXXXXX~~

CARMELA: Esta bien, Haldo. Ve, y avisa a Lencho. Tu papá está ocupado.

NALDO: ¡Ah, carái! ¡A Lencho!

(Haldo gira sobre sus talones y se precipita por la puerta.)

(Carmela se acerca a Bernardo.)

CARMELA: ¿Y qué es lo que ha venido a traer este señor?

CASIMIRO: Yo..., señora... Casimiro Rodríguez, para servirle.

CARMELA: Siéntese.

BERNARDO: Sí. Siéntese. Y acabemos de una vez.

(Casimiro se sienta en el borde de una butaca, un tanto nervioso, tratando de poner en orden sus papeles.)

(Carmela se coloca al lado de Bernardo, permaneciendo ambos de pie.)

(Carmin observa, recostada del medio punto.)

CASIMIRO: Pues mire usted, don Bernardo. Y usted, señora. Su esposo tiene en parte razón. Claro, a todos nos asiste a veces una parte de razón. Pero hay que ver la otra parte. Esta empresa es nueva...

FD

BERNARDO: (Dando un paso adelante.) ¡No señor! ¡Es vieja! Esta vaquería estaba funcionando antes de yo comprar.

(Carmela le coloca una mano en el hombro a Bernardo.)

CARMELA: Bernardo, por Dios...

CASIMIRO: Sí, don Bernardo, usted tiene razón, pero... Es que su caso no encaja dentro de la definición del reglamento.

BERNARDO: (Violento.) ¿No encaja? ¡Y por eso debo yo hundirme con toda mi familia!

CASIMIRO: (Un tanto amedrentado.) No, don Bernardo... O mejor, quiero decir... Sí, don Bernardo. Pero es que su asunto sólo puede ser resuelto por autoridades más altas.

BERNARDO: ¿Y qué esperan, que no lo han resuelto?

CASIMIRO: Ahí es que está el problema. Si usted me permite, don Bernardo, yo le explico... ¿Usted comprende, señora?

CARMELA: Sí, Bernardo, vamos a ver qué tiene que decir.

BERNARDO: Bueno, ¡hable!

CASIMIRO: ~~Si~~ Sí, don Bernardo. La cuestión es la siguiente: Para que autoridades más altas ~~podan~~ puedan intervenir, usted tiene que ser perjudicado... Sólo así las autoridades más altas intervienen. Y entonces nuestra oficina puede comparecer. Y entonces se provoca un examen total del reglamento. Y entonces se estudia la ley que le dió origen. Y entonces se pesan los errores administrativos. ¡Y entonces se resuelve su caso!

BERNARDO: Y entonces, yo... ¿Mientras tanto?

CASIMIRO: Sí, don Bernardo. Precisamente, ese ~~es~~ es el punto al que debo llegar... Para dilucidar toda la cuestión, la oficina se ha visto obligada a dictar una orden...

(Casimiro guarda en su cartapacio el grueso legajo y extrae una hoja de papel.)

CASIMIRO: La orden expone en detalle la situación. Su licencia provisional ha expirado.

BERNARDO: Sí. Pero hace más de un año que sometí solicitud por una licencia permanente.

CASIMIRO: Hasta tanto no se resuelva este problema no puede haber licencia permanente.

BERNARDO: Pero, entonces...

(Casimiro cierra la cremallera de su cartapacio, se pone de pie y entrega a Bernardo la orden.)

CASIMIRO: Con esta orden, usted puede apelar administrativamente. Eso obligará a reabrir su caso. Y a la larga, don Bernardo, como a usted le asiste la razón...

~~BERNARDO~~

CARMELA: ¡Pero, no puede ser!

CASIMIRO: ¡La ley, señora, es la ley!

(Casimiro se dirige a la puerta. Bernardo y Carmela le siguen.)

CASIMIRO: (Saliente.) ¡Adios, señora! Y usted, don Bernardo, no olvide que nuestra oficina está para servirle.

(Al desaparecer Casimiro, Bernardo se vuelve hacia Carmela con el papel en la mano.)

CARMELA: Por donde quiera nos acechan con sus papeles...

BERNARDO: Sí, Carmela. ¡Papeles!

CARMELA: (Acercándose.) ¡Ves, nemi? Y tú que ahorita decías... ¡Nunca podré volver al colegio en San Juan!

CARMELA: Mira, muchacha... ¡Deja ya ese sonsonete!

(Bernardo arroja con violencia el papel sobre la mesa.)

BERNARDO: No, Carmela. Carmela irá a San Juan. ¡Y al colegio que ella quiera! ¡Ningún maldito papel me va a echar abajo el negocio!

(Bernardo se dirige hacia la puerta principal, la abre, y desde el umbral, llama.)

BERNARDO: ¡Lencho!

LENCHO: (Su voz.) ¿Señor?

HALDO: (Su voz.) ¡Papá, ya doña Casilda ha parido cinco puerquitos!

BERNARDO: ¡Lencho!

~~BERNARDO: (Su voz.) ¡Lencho!~~

~~LENCHO: (Su voz.) ¿Señor?~~

LENCHO: (Su voz, más cercana.) ¡Voy, señor!

(Se oyen pasos en la escalera, y Lencho ~~aparece~~ aparece en el umbral de la puerta.)

BERNARDO: ¿Llegó el truck?

LENCHO: Sí, don Bernardo. Le estoy despachando. Y usted no tiene que venir. Yo lo apunto todo...

BERNARDO: Era lo que quería saber.

LENCHO: ¡Oiga, y seguro que llegamos esta semana a los dos mil litros!

BERNARDO: ¡Pues, vamos allí! Quiero hablar con el de la compañía.

(Bernardo sale.)

(El teléfono suena cuando todavía se oyen los pasos de Bernardo y Lencho bajando la escalera.)

(24)

CARMEN: Debe ser para papá... ¡Lo llamo, mami?

CARMELA: No. ¡Contesta tú!

(Carmén se acerca al teléfono.)

(Carmela se deja caer en una butaca con expectante actitud.)

CARMEN: (Al teléfono.) ¡Hola? (Pausa.) Sí, señor...

(Carmén se vuelve el rostro hacia la sala.)

CARMEN: Es de la compañía pasteurizadora, mami.

(Carmela se pone en pie de un salto y se dirige rápidamente al teléfono.)

CARMEN: ¿Llamo a papá?

CARMELA: (Tomado el aurífono.) No. ¡Espera! (En el micrófono.)

¡Hola? (Pausa.) Es la señora... Puede decirme a mí lo que sea. Sí, señor. (Pausa.) Sí, señor. ¡Adios!

(Carmela cuelga el aurífono con movimiento lento, y se vuelve.)

CARMELA: Llama a tu padre.

(Carmén avanza hacia la puerta.)

(En la escalera se oyen pasos, se abre la puerta y reaparece Bernardo.)

BERNARDO: ¡Ya Lencho puede encargarse de todo!

CARMEN: ~~Esper~~ Papá...

CARMELA: (Avanzando hacia la sala.) Acaban de llamar, Bernardo.

BERNARDO: ¿Quién?

CARMELA: De la compañía. Dicen que le enviaron copia de la orden. Que sin licencia, el contrato queda nulo...

BERNARDO: ¿Nulo?

XXXXXXXXXX

CARMELA: Sí. Que después de hoy, no podrán cogerte más leche.

(Bernardo baja la cabeza.)

(Carmela y Garín lo contemplan en silencio.)

(Se oyen pasos precipitados en la escalera y de súbito entra Naldo.)

NALDO: ¡Son diez los puercuquitos!

(Bernardo sonríe a su hijo.)

BERNARDO: ¿Diez?

NALDO: ¡Sí, papí! ¡Diez! ¡Qué chévere es doña Casilda!

BERNARDO: Pues ya terminó el nacimiento... Ve ahora donde Lencho, y le dices, que después del ordeño de hoy, suelte las vacas al campo.

NALDO: ¿Al campo, papí?

BERNARDO: Sí. Al campo. ¡No habes más ordeño!

(Telón rápido.)



CUADRO IIEscena 1

Escena en tinieblas. Al fondo, un telón oscuro. El espacio a la derecha del espectador se ilumina de súbito. Se hace visible una oficina, igual que en el Acto I, Cuadro II, Escena 1. Una mecanógrafa escribe en su maquinilla de espaldas al público. En el despacho privado, sentado ante su escritorio, de frente al público, está el jefe del negociado concentrado en el examen de múltiples papeles, leyendo, tomando notas, firmando. Ramiro viste atildadamente. Trabaja con gabán y corbata.

(Bernardo surge de las sombras y entra en el radio de luz. Viste gabán y corbata, como en similar escena anterior. Lleva un sombrero de fieltro en la mano. Se acerca a la mecanógrafa con timidez.)

(La mecanógrafa sigue tecleando furiosamente. De pronto se interrumpe, vuelve el rostro hacia Bernardo y lo mira como sorprendida.)

(Bernardo se adelanta, y cuando parece a punto de ~~preguntar~~ hacer una pregunta, la mecanógrafa se vuelve a inclinar sobre su maquinilla y reanuda con redoblada furia su labor.)

(Bernardo da un paso atrás y gira una mirada en torno, como quien busca orientarse.)

MECANOGRAFA: (Sin volver el rostro y sin dejar de teclear.) Siéntese.

(Bernardo se sienta en una silla.)

(De pronto irrumpe en escena una empleada. Viste, al igual que la mecanógrafa, a última moda. Porta un voluminoso manojo de papeles. Pasando por delante de Bernardo, se dirige a la mecanógrafa. Ambas dialogan sin prestar la menor atención a Bernardo.)

EMPLEADA: Aquí te traigo más papeles, Cuquita.

(La mecanógrafa interrumpe al punto su labor, gira sobre su asiento y presta toda su atención a la empleada.)

MECANOGRAFA: ¡Adios, y ahora te tienen de mensajera?

EMPLEADA: ¡Ay, hija! ¿Que tú quieres? Los mensajeros nunca aparecen en este departamento.

MECANOGRAFA: (Tomando el papel que le extiende la empleada.) ¿Y esto, qué es?

EMPLEADA: ¡Yo, qué sé! Creo que instrucciones. Son las que valen ahora. Las de la semana pasada ya no sirven.

MECANOGRAFA: ¡Ah! ¿Es sobre el nuevo sistema de archivo?

EMPLEADA: ¡Algo de eso, chica! Comienza por archivarlo.

(La empleada coloca el resto de sus papeles sobre el escritorio de la mecanógrafa, y parece buscar algo.)

EMPLEADA: Bueno, ¿y tus cigarrillos?

~~MECANOGRAFA: Bueno, ¿y tus cigarrillos?~~

(La mecanógrafa saca su cartera de una de las gavetas del escritorio y extrae una caja de cigarrillos. Ofrece a la empleada y ambas fuman mientras departen.)

EMPLEADA: Bueno. Esos mensajeros... ¡Yo no sé donde se meten!

MECANOGRAFA: No te vengas quejando, que tú, con tal de pasearte por las oficinas...

EMPLEADA: ¡Pa' qué te voy a engañar! Se ve cada machote por ahí... (Secreteando.) ¿No has visto el nuevo jefe de Isabelita?

MECANOGRAFA: ¿El de ahí en frente?

EMPLEADA: Sí. ¿Verdad que se parece a Gregory Peck? ¡A mí me encantan los hombres altos!

MECANOGRAFA: Eso será ahora, porque lo que es Enrique...

EMPLEADA: De Enrique no me hables.

MECANOGRAFA: ¿Rompió con él?

EMPLEADA: ¡Bah! Desde la semana pasada.

MECANOGRAFA: Y tú que decías que ese era el amor de tu vida.

EMPLEADA: (Suspirando.) Eso creía yo. Pero tuve que darle el "discharge".

MECANOGRAFA: ¿Por qué?

EMPLEADA: Pues, ~~xxx~~ chica... Tú conoces a Enrique. Es de los que quieren llegar lejos... sin compromiso. Y tú sabes que hay que cuidarse, porque si no... Como que ya por ahí decían...

MECANOGRAFA: ¡Tú no sabes ni la mitad de lo que decían!

EMPLEADA: ¡Pues, ya se acabó! Y ahora sólo puedo pensar... (Se inclina, le habla al oído y ríe.) ¡Bueno, ya tú sabes!

(La empleada recoge sus papeles del escritorio y se dispone a marcharse.)

MECANOGRAFA: Pero, yo oí que es casado.

EMPLEADA: ¿Casado? Sí. Pero hace como un mes que se separó de ~~xx~~ la mujer.

MECANOGRAFA: (Sonriendo.) ~~Risas~~ Dicen que los vuidos hacen buenos maridos...

EMPLEADA: (Saliendo.) ¡Los vuidos y los divorciados!

(La mecanógrafa parece ahora percatarse de la presencia de Bernardo.)

MECANOGRAFA: ¿Qué es lo que usted desea?

BERNARDO: (Poniéndose de pie.) Quisiera ver a don Ramiro.

MECANOGRAFA: ¿Tiene cita?

BERNARDO: ¿Cita?

MECANOGRAFA: Sí. ¿Que si don Ramiro le espera?

BERNARDO: Bueno, esperar, esperar... no.

MECANOGRAFA: (Girando en su asiento e inclinándose sobre la maquinilla.) Pues, si no tiene cita... Don Ramiro está muy ocupado.

BERNARDO: Pero... Es que él no escribió. (Saca un papel del bolsillo interior de su chaqueta.) Tiene bajo estudio mi caso...

MECANOGRAFA: (Enasperada, con ademán de irritación.) Su caso es uno entre muchos, señor. Tiene que aguardar su turno.

BERNARDO: Pero este asunto es diferente.

MECANOGRAFA: ¿Diferente? ¡Todos se creen que tienen un caso diferente!

BERNARDO: Pero, señora...

MECANOGRAFA: (Ofendida.) ¡Señorita!

BERNARDO: Pues, señorita... El mismo don Ramiro me dice en esta carta...

(La mecanógrafa no le hace caso. Vuelve el rostro hacia su escritorio y conecta el aparato de comunicación entre oficinas. Suena un timbre en el despacho privado de Ramiro.)

MECANOGRAFA: Aquí hay un individuo que no tiene cita. Pero insiste en verlo, don Ramiro.

RAMIRO: (Irritado.) ¿Qué es lo que desea?

MECANOGRAFA: (A Bernardo.) Don Ramiro está muy ocupado.

BERNARDO: Es cosa de unos minutos.

MECANOGRAFA: ¿Y para qué quiere verlo?

BERNARDO: Pues, resulta que... Esta carta... Hace meses, mi solicitud de licencia...

RAMIRO: (Con coraje.) ¡Dígale que pase!

(La mecanógrafa señala hacia la puerta del despacho privado, y en seguida gira sobre su asiento y reanuda su labor en la maquinilla.)

(Bernardo se dirige a la puerta con timidez, la abre y pasa al despacho privado.)

(Ramiro sigue concentrado en su trabajo y ni siquiera levanta la vista.)

RAMIRO: Siéntese.

(Bernardo ocupa una silla, sosteniendo en una mano su sombrero y en la otra ~~xxx~~ la carta.)

(Ramiro firma varios papeles que luego acomoda en una esquina de su escritorio. Después, con movimiento lento y gran concentración, recoge otros papeles del extremo opuesto y parece examinarlos mientras habla.)

RAMIRO: Estoy sumamente ocupado. Pero, en fin...

BERNARDO: No desearía molestarlo. Pero, en su carta hay un error...

RAMIRO: ¿Mi carta? ¿Qué carta?

BERNARDO: (Mostrando la carta.) La que usted me escribió la semana pasada. Usted dice que la fecha de mi solicitud...

RAMIRO: A ver, a ver...

(Ramiro extiende la mano, toma la carta y le da un rápido vistazo.)

RAMIRO: ¡Pero, si está claro! Se le dice aquí lo que tiene que hacer si usted rehusa acogerse al nuevo reglamento.

BERNARDO: Mi solicitud, don Ramiro, es anterior a ese reglamento.

RAMIRO: No importa. Puede apelar al apartado efe del nuevo reglamento. Ahora, si usted no está de acuerdo...

BERNARDO: No. No estoy de acuerdo, porque...

RAMIRO: En ese caso, no tiene nada que decirme a mí. ¡Ese es su derecho! Nadie lo obliga. Queda usted fuera de la jurisdicción de esta oficina y su asunto pasa a otro negociado.

(Ramiro le devuelve la carta y en seguida reanuda el examen de ~~los~~ otros papeles.)

(La mecanógrafa deja de teclear en la maquinilla, abre una gaveta de su escritorio, saca su carterax y extrae un espejito, su lápiz de labio, etc. y comienza a hacerse una toilet.)

(Bernardo se incorpora con evidente intención de marcharse. Pero desiste y vuelve a sentarse.)

BERNARDO: Entonces, don Ramiro, ¿mi caso ya no ~~está~~ está bajo la jurisdicción de esta oficina?

RAMIRO: (Levantando la vista, exasperado.) No. Desde el momento en que usted rehusa acogerse al reglamento, cesa nuestra intervención. ~~Si~~ Si, como usted alega, su solicitud es anterior a la vigencia del reglamento, debe llenar la Form B-200 y seguir el trámite de la vieja oficina de permisos.

(Suena el timbre del teléfono. La mecanógrafa levanta el audífono. En seguida conecta el aparato de comunicación entre oficinas.)

MECANOGRafa: Don Ramiro, lo llaman de la oficina de contaduría.
(Ramiro levanta el audifono con gesto rápido y nervioso.)

RAMIRO: (Al teléfono.) Sí señor. (Pausa.) Sí señor. (Pausa.) Es que no ha habido materialmente tiempo. (Pausa.) Se hará así. Sí señor. (Pausa.) Enviaré todos los documentos por mensajero. (pausa.) ¡Mañana, mañana sin falta!

(Ramiro se queda un instante con el audifono en la mano. Hace un gesto como de hombre abrumado por el trabajo, devuelve el audifono a su lugar y comienza con rapidez a buscar entre los papeles que tiene sobre su escritorio.)

BERNARDO: Usted perdone, don Ramiro. Ese formulario...

RAMIRO: (Levantando la vista.) ¡Ah! ¿Usted?

BERNARDO: Usted decía de una Forma... no sé qué número.

(Ramiro baja la vista y busca furiosamente entre sus papeles.)

RAMIRO: Dígale a la secretaria que le dé la Forma B-200... ¿oyó? ¡La B-200! Al dorso tiene las instrucciones. ¡Llénela!

BERNARDO: (Poniéndose de pie.) Gracias.

(Bernardo abre la puerta y la cierra tras sí, colocándose al lado de la mecanógrafa, quien sigue haciendo su toilet.)

BERNARDO: Señorita, don Ramiro me dijo...

(El despacho privado, ~~sin luz y con las cortinas cerradas~~ donde Ramiro sigue concentrado en su trabajo, comienza a sumirse en las sombras. Se oye una música lejana)

MECANOGRafa: (Mirando su reloj pulsera.) ¡Ay, Virgen! ¡Las doce!
(La mecanógrafa se levanta de un salto, guarda

apresuradamente en su cartera sus efectos de tocador y se arregla la falda.)

BERNARDO: Señorita...

MECANOGRAFA: ¿Don Ramiro ya lo atendió, verdad?

BERNARDO: Sí. Y me dijo que me diera una Forma...

MECANOGRAFA: Pues tiene que venir a la tarde. ¡Ya son las doce! ¡Ay, oiga! Si no llego a la parada en tres minutos, se me pasa la guagua de las doce y cinco. Y si pierdo esa guagua...

(La mecanógrafa sale apresuradamente, taconeando con fuerza, desapareciendo al instante en la oscuridad.)
Las sombras ~~van~~ van invadiendo toda la escena y la música sube de tono. Bernardo mira a su alrededor, desorientado, ~~se~~ y comienza a ~~girar~~ girar de un lado a otro hasta hundirse en la más completa oscuridad.)

Escena 2

Escena en tinieblas. Al fondo, un telón oscuro. El espacio a la izquierda del espectador se ilumina de súbito. Se hace visible la puerta cerrada de un ascensor. Bernardo aparece de espaldas al público. Mira hacia un lado y ~~mirarse~~ luego hacia otro lado, apretando entre sus manos el sombrero de fieltro. Pepe, en mangas de camisa, pero con corbata, surge de las sombras. Lleva en sus manos un cartapacio y algunos papeles. Está a punto de pasar de largo, pero al reconocer a Bernardo, se detiene.

PEPE: ¡Bernardo! ¿Todavía por aquí?

BERNARDO: (Volviéndose.) ¡Pepe!

PEPE: Yo te hacía ya en el campo.

BERNARDO: ¡Qué va! Voy a una oficina, me mandan a otra...

PEPE: ¿Viste a Lanuza?

BERNARDO: ¿El Licenciado? Sí. Le vi.

PEPE: ¿Y te explicó...?

BERNARDO: Me dijo que podía obligar al gobierno a indemnizarme.

PEPE: ¡Eso! ¡Eso mismo!

BERNARDO: Pero antes hay que conseguir la aprobación de una ley.

PEPE: Lanuza lo consigue. ¡Es un guayón como abogado!

BERNARDO: (Desanimado.) Un pleito, un pleito... ¿Y mientras tanto?

PEPE: Mientras tanto... Tienes que conseguir el préstamo.

BERNARDO: En eso ando. Pero no hallo la oficina.

(La luz comienza a apagarse y se oye una música lejana.)

(Pepe extiende el brazo, señalando.)

PEPE: Sigue por ahí. Y en el primer pasillo, a la derecha,
 en la
 dobla... Entra ~~xxxxxx~~ primera ~~xxxxxx~~ oficina.

(La luz se apaga por completo. La música sube de tono,
 fundiéndose con la voz de Pepe.)

PEPE: La primera oficina... La primera oficina... Oficina...

(La escena sigue en tinieblas por unos segundos. La
 música cesa de súbito y, simultáneamente, se ilumina
 otro espacio.)

(Bernardo aparece sentado al lado de un escritorio,
 estrujando en sus manos su sombrero de fieltro. Tras
 el escritorio hay un funcionario ~~xxxxxxxxxxxxxxxxxxxx~~
 examinando múltiples papeles, y mientras habla se cam-
 bia de posición en la boca un cigarro encendido.)

FUNCIONARIO: ¿Y ese es lo máximo con que usted cuenta como
 ingresos?

BERNARDO: Sí señor.

FUNCIONARIO: ¿Su vaquería está en la actualidad completamente
 paralizada?

BERNARDO: Sí señor.

FUNCIONARIO: ¿Su esposa de usted no trabaja?

BERNARDO: No señor.

FUNCIONARIO: ¿Usted conoce ~~xxxxxxxxxxxxxxxxxxxx~~ los requisitos
 de nuestro programa de préstamos?

BERNARDO: Bueno, yo...

FUNCIONARIO: ¿Sabe que, de serie concedido el préstamo, usted
 se compromete a implantar en su finca ciertas prácticas agrí-
 colas?

BERNARDO: Sí, sí... Sí señor.

FUNCIONARIO: Pues, entonces, pierda cuidado. Pasaremos su petición a la división de estudios.

(La luz comienza a pagarse y se oye la misma música lejana.)

FUNCIONARIO: Y tan pronto la división nos rinda su informe, la junta discutirá su caso y se decidirá en definitiva.

BERNARDO: (Incorporándose.) Pero, más o menos... ¿Cómo dentro de cuánto tiempo podré recibir el dinero?

FUNCIONARIO: ¡Ah! Eso... Eso depende. Por lo regular es cosa de cuatro o cinco semanas.

(Bernardo se pone de pie. La luz se apaga por completo y la música sube de tono, fundiéndose con la voz del funcionario.)

FUNCIONARIO: Cuatro o cinco semanas... Cuatro o cinco semanas... Semanas...

(La escena sigue en tinieblas por unos segundos. La música cesa de súbito. Se impone un completo silencio.)

(Luego comienza a iluminarse un espacio con luces brumosas y fúnebres que distorsionan las personas y las cosas. Al mismo tiempo, comienza a oírse la música ya conocida.)

(Se hace visible un hombre sentado tras una mesa, los codos sobre el mueble, la cabeza apoyada en las manos. Detrás, cubriendo todo el fondo, hay un archivo color aceituna. A un lado se distingue una pequeña escalera que el archivero ha de usar para alcanzar la parte superior del archivo.)

(Bernardo surge de las sombras y se aproxima al archivero estrujando entre sus manos el sombrero de fieltro.)

BERNARDO: (Con timidez.) ¿Aquí es, señor...?

ARCHIVERO: (Friamente.) Sí señor. Aquí estamos para servirle.
¿Cuál es su problema?

BERNARDO: Pues yo, señor... Yo soy agricultor, y vengo...

ARCHIVERO: ¿Agricultor? Un momento.

(El archivero se pone de pie, se vuelve hacia el archivero y comienza a buscar.)

ARCHIVERO: A... A... Ag... Agr... Agricultor. ¡Aquí está!

(El archivero saca una de las gavetas, la pone sobre la mesa y comienza a buscar entre las tarjetas. De pronto ~~interrumpe su labor~~ interrumpe su labor y levanta la vista.)

ARCHIVERO: ¿Agricultor, me dijo?

BERNARDO: Sí señor. Y también tengo algún ganado.

ARCHIVERO: ¿Ganado? ¡Ah! Entonces, debe estar en la G.~~xx~~
~~xxxx~~

(El archivero guarda ~~x~~ la gaveta en su lugar y repite la operación anterior.)

ARCHIVERO: Ganado... Canadero... Ganadería...

(El archivero saca otra gaveta, la coloca sobre la mesa y se concentra de nuevo en ~~xxxxxx~~ el examen del tarjetero. De pronto, interrumpe su labor y levanta la vista.)

ARCHIVERO: ¿Para carne o para leche?

BERNARDO: ¿El qué, señor?

ARCHIVERO: ¡Hombre! Pues el ganado.

BERNARDO: Son vacas, señor.

ARCHIVERO: ¿Vacas?

(El archivero hace un gesto de coraje, recoge la gaveta y la devuelve a su ~~ritis~~ lugar.)

(La música sube de tono y las luces comienzan a girar, cambiando colores.)

(El archivero acerca la pequeña escalera, ~~se sube~~ se sube en ella y busca en la parte superior del archivo.)

ARCHIVERO: Vacas... Vacas... Vaquerías...

(El archivero abre y cierra una que otra gaveta. De pronto, sin bajarse de la escalera, se vuelve en dirección a Bernardo.)

ARCHIVERO: Su nombre. ¡Dígame su nombre!

BERNARDO: Bernardo Cedeño, señor.

ARCHIVERO: ¡Ah!

(El archivero baja precipitadamente de la escalera, va hacia un extremo del archivo, saca una gaveta, la pone sobre la mesa y busca con rapidez en ~~el~~ el tarjetero.)

(Bernardo ~~sigue~~ sigue con evidente desesperación la operación del archivero.)

(El archivero se interrumpe de súbito ~~se~~ y levanta la vista.)

ARCHIVERO: ¿Cedeño? ¿Bernardo Cedeño?

BERNARDO: (Con viva ansiedad.) Sí señor. Bernardo Cedeño.

(El archivero recoge la gaveta, se vuelve hacia el archivo y la mete con fuerza en su lugar.)

(Con el golpe de la gaveta, la música cesa de súbito.)

ANNA (El archivero se vuelve hacia Bernardo.)

ARCHIVERO: Su ~~libro se perdió.~~ *tarjeta no está.*

(La música estalla de nuevo, fundiéndose con la voz del archivero.)

ARCHIVERO: Su ~~libro se perdió...~~ *tarjeta no está... No está... No está...* ~~Se perdió... ~~perdió...~~~~

(Bernardo retrocede como un sonámbulo y se pierde en las tinieblas.)

(Telón lento.)

FIN DEL SEGUNDO ACTO

[Handwritten signature]

ACTO III

Seis Meses Después

CUADRO I

~~monstruos~~ Cimientos de una casa de concreto: columnas, formaletas y moldes de madera, paredes construidas a medias, puntas de varillas... Al fondo, una pared más alta que las demás, con el hueco de una ventana. En algún lugar, un banco de trabajo de carpintero, y aquí y allá, pequeñas estibas de bloques de cemento. Es evidente que la obra se interrumpió hace meses. La yerba crece por los bordes de los cimientos y las enredaderas silvestres han comenzado a invadir el lugar. La acción se desarrolla en horas de la tarde.

• (Bernardo está en cuclillas, examinando la base de una columna. Sin dejar de palpar el material, se pone de pie. Da unos pasos atrás. Parece medir con la vista la distancia entre dos columnas. Luego se acerca a una formaleta y la jamaquea.)

(Tras la pared del fondo, por el hueco de la ventana, se ve llegar a Carmín.)

(Bernardo continúa examinando el lugar. Se detiene ante una columna cubierta hasta la altura de sus hombros por una enredadera. De súbito, con violenta actitud, empieza a arrancar la planta silvestre con las manos. Pero a mitad de la operación deja caer los brazos y se retira con gran desaliento. De pronto se baja y recoge del piso un trozo de madera que arroja con violencia contra la columna. Al volver el rostro hacia el fondo, descubre a Carmín.)

BERNARDO: ¡Carmin!

(Carmin salta por el hueco de la ventana. Viste mahones azules. Ya no acostumbra llevar la blusa por fuera de los pantalones o de la falda.)

(Bernardo sonrío, y actúa como quien se percata de haber sido observado cuando creía no estar al alcance de la vista de nadie.)

CARMIN: No creía que estabas por aquí...

BERNARDO: ¡Oh...! Vine a ver. Como hacía tanto tiempo que no subía...

CARMIN: ¡Es tan fresco aquí arriba!

BERNARDO: Sí. ¡Y qué bien se ve el pueblo desde aquí?

(Bernardo da unos pasos, señalando a lo lejos.)

(Carmin se acerca a Bernardo.)

CARMIN: ¡Tan brillante... la torre de la Iglesia!

BERNARDO: (Señalando.) ¿Ves aquello que reluce más allá?

CARMIN: Sí. ¿Qué es?

BERNARDO: Es la chimenea de la Central. Lo sé porque durante la zafra, se veía por allí un humo denso...

CARMIN: Ahora se ve... clarita.

BERNARDO: Es que a esta hora el sol relumbra.

CARMIN: Y todo se pone tan bonito...

(Bernardo se separa de su hija y de nuevo se dedica a examinar el lugar.)

BERNARDO: (Como hablando para sí.) Hay que reanudar la construcción.

CARMIN: (Acercándose.) ¿Reanudar qué...?

BERNARDO: (Volviéndose.) ¡La construcción! Lo peor ya está

hecho. Ahora, hasta yo solo podría seguir trabajando.

CARMIN: ¿Tú solo, papá?

BERNARDO: Bueno... Lencho podría ayudar... Y con algún muchacho...

CARMIN: Pero... ¡Es que falta tanto...!

BERNARDO: ¡No tanto! Levantar esas paredes con bloques... ¡no es difícil! El techo... Bueno, el techo requiere ~~mucho~~ más gente. Pero, todo lo demás se puede hacer entre dos o tres personas. ¡Claro...! Coge un poco de más tiempo. Pero, como lo que cuesta ^{mucho} ~~mucho~~ es la mano de obra...

CARMIN: Yo también podría ayudar.

BERNARDO: ¿Tú, Carmin?

CARMIN: ¡Sí! ¿Por que no?

BERNARDO: ¡Pues, claro! Tú, Naldo, Lencho, yo... ¡Nosotros podemos!

(Bernardo se mueve, eufórico, de uno a otro lado, subrayando sus palabras con ademanes y gestos, dibujando marcas con los pies en el piso, dominado por ~~el entusiasmo~~ sus propias palabras.)

(Carmin se deja arrastrar por el entusiasmo de su padre, ~~mucho~~ un tanto temerosa de que se rompa aquel renacimiento de ilusión.)

BERNARDO: ¡Será la gran casa, Carmin! ¡Imagínate! En esta loma, frente a ese paisaje... Podemos reanudar la obra por aquí... por la cocina. No vayas a creer que ~~es~~ es una de esas cocinitas de Caparra Heights, tan chiquitas... ¡No! ¡Fíjate! Por aquí es que viene la pared: desde allí... hasta aquí. La puerta

BERNARDO: ¡Ah, caramba! ¿Qué hará Lencho por ahí a estas horas?

(Bernardo se dirige hacia un extremo del escenario.)

BERNARDO: (Llamando.) ¡Lencho!

(Carmin observa a su padre. Luego, cabizbaja, se dedica a examinar alguno que otro punto de la casa en construcción.)

LENCHO: (Su voz.) ¿Qué hay, don Bernardo?

BERNARDO: ¿Qué haces por ahí, a estas horas?

LENCHO: (Entrando.) ¡El ganso, don Bernardo! Con esta seca, las vacas no encuentran ni matojos... Y ahora tuvo que ir a sacar cuatro animales de lo de don Prudo. Cruzaron la guardarraya y se metieron en la parcela. ¡Y oiga, don! Hicieron un daño...

BERNARDO: ¿No me digas?

LENCHO: Usted a visto la tala de don Prudo... Fue la emprendieron con los palos de gandules, y después se comieron hasta los plátanos. ¡Don Prudo está que arde!

BERNARDO: Esos animales... ¿Por dónde se salieron?

LENCHO: ¿Se acuerda que yo le dije que por la joya había que tirar otro pelo de alambre? ¡Pues! Se resbalaron por allí, y pasaron fácil... ¡Es el hambre, don Bernardo!

(Bernardo se vuelve en dirección a Carmin. El golpe de la realidad parece haberle anonadado.)

BERNARDO: El hambre... Sí. ¡El hambre!

LENCHO: Yo voy a ajotar las vacas pa'l otro lad. Y usted, don Bernardo, tendrá que dir a ver a don Prudo. Dice que si no le paga sus gandulitos y sus platanitos, lo denuncia.

BERNARDO: (Sin mirarlo.) Está bien, Lencho. Iré a hablar con don Prudo.

LENCHO: No sé que se hará... si la sequía sigue!

(Lencho sale.)

(Bernardo da unos pasos, y con evidente desaliento, se sienta sobre unos bloques de concreto.)

(Carmin se acerca por detrás a su padre. Le pone una mano sobre el hombro, baja la cabeza y se muerde los labios. Es evidente que desea decir algo y no halla como hablar.)

(Bernardo permanece cabizbajo y pensativo.)

BERNARDO: Quizá, lo mejor sería volver a San Juan...

CARMEN (Carmin levanta la cabeza y fija su mirada en la distancia.)

CARMIN: ¿Tú crees, papi?

BERNARDO: Si la sequía sigue... Habrá que vender el ganado. Habrá que darlo por cualquier cosa... La finca, entonces... Podría volver a San Juan, conseguir un empleo...

CARMIN: ¿San Juan, papi? ¿San Juan...?

BERNARDO: Sí. Como antes.

CARMIN: Como antes...

(Carmin sigue con la mirada en la distancia y de pronto hace un gesto, como cuando se reconoce a una persona que se acerca.)

CARMIN: Ahí viene mami.

(Bernardo se pone de pie de un salto.)

BERNARDO: Pues, mira, hija... Tengo que ir a casa de don Prudo. Tengo que examinar los daños... Vuelvo en seguida.

(Bernardo cruza la escena y sale precipitadamente.)

(Carmín sigue a su padre con la vista. Luego se vuelve en dirección opuesta, por donde entra Carmela. Esta llega mostrando un telegrama.)

CARMELA: ¿Y tu padre? ¿No estaba aquí tu padre?

CARMÍN: Aquí estaba, sí... Ahora mismo se fue. Dijo que tenía que ir a hablar con don Prudo, el de las parcelas de ahí arriba.

(Madre e hija se observan en silencio.)

(Carmela estruja el telegrama en su mano y lanza una mirada interrogativa a Carmín.)

(Carmín evade su la mirada de su madre, pero responde a su inquietud.)

CARMÍN: ¿Sabes, mami? Me dijo que lo mejor sería volver a San Juan.

CARMELA: ¿Volver a San Juan? ¿Te dijo eso Bernardo?

(Carmín se vuelve hacia su madre.)

CARMÍN: ¿Qué le sucede, mami? ¡Hacia tanto tiempo que no subía hasta aquí! Y hoy vino, y se estuvo mucho rato... solo. Creo que no le agradó que le sorprendiera.

CARMELA: ¿Y qué es lo que hacía?

CARMÍN: Nada. Pero... ¡Qué sé yo! Me dió la impresión que hablaba a solas. Y de pronto cogió un pedazo de madera y lo tiró con toda su fuerza contra esa columna... ¡Parecía tener un coraje!

CARMELA: Sí. Yo sé... Hace días que evita hablar conmigo.

CARMÍN: ¿Tú crees que él quiere, de verdad, volver a San Juan?

CARMELA: ¡No! Pero como sabe que tú...

CARMÍN: ¡Yo no!

(Carmin parece sufrir bajo el choque de emociones opuestas. Se acerca a su madre y le pasa un brazo por la cintura.)

CARMIN: ¡Oh, mami!

CARMELA: ¡Hija mía!

(Madre e hija, enlazadas, parecen entenderse sin palabras. Carmela se separa.)

CARMELA: Yo sé que tú comprendes. Para tu padre, esta finca no es un simple negocio. ¡Es su vida!

CARMIN: Yo no quisiera...

CARMELA: Sí, Carmin. Lo sé. Bernardo no debe regresar a San Juan.

CARMIN: ¿Y tú crees que pueda seguir aquí...?

CARMELA: Eso, yo no lo sé. Un hombre puede resistir. Pero llega un punto... Y para Bernardo ya no sería un mero fracaso. ¡Hay más, hija, en todo esto! ~~Resistencia y orgullo~~ Dirigir un negocio propio ha sido la ambición de su vida. No tener que trabajar subordinado a nadie. Como ha dicho tantas veces: no tener que vivir ~~por~~ "alquilado"... Si tuviera que irse de aquí, perdería toda su confianza.

CARMIN: Pero, mami, si papá fracasa, no es por su culpa.

CARMELA: ¿Eso, qué importa? Por encima de todo, lo más que necesitan los hombres es admirarse y que los admiren. Es una admiración diferente a la que sentimos y queremos nosotras. Y todos, todos tienen un algo de niños... Necesitan poseer un juguete, descubrir su misterio, aprender a manejarlo. Es así como entienden el uso de su talento. Y si a Bernardo le arrebatan esta oportunidad de probarse...

CARMIN: ¿Y tú crees, mami...?

CARMELA: Creo que Bernardo es igual que todos los hombres. Todos tienen sus arrebatos de locura... Por eso, Carmin, síguelo. No lo dejes solo.

CARMIN: No, mamá.

(Carmin ~~parece~~ parece ahora percatarse del telegrama ~~que~~ ~~que~~ que Carmela mantiene arrugado en su mano.)

CARMIN: ¿Y éso? ¿Qué es? ¿Un telegrama?

CARMELA: ¡Oh! ¿Eston?

(Carmela desdobra y estira el papel, ~~mostrándole~~ y lo muestra a su hija.)

CARMELA: Sí. Un telegrama. Por eso buscaba a tu padre. Es del Departamento de Instrucción. Me ofrecen un puesto de maestra en el pueblo. En este pueblo, Carmin.

CARMIN: ¿Volverás a enseñar, mami?

CARMELA: No. No puede ser. Con el trabajo de la casa... ¡No! No es posible. Quería sólo mostrárselo a Bernardo. Agúrdalo. Y le dices que baje. Yo dejé una hornilla encendida en la cocina.

(Carmela se dispone a salir. De pronto, se vuelve.)

CARMELA: ¡Mejor no lo dejas solo, sabes?

CARMIN: No, mamá.

(Carmin se aleja del lugar por donde sale su madre y parece sumergirse en sus propios pensamientos.)

(Desde fuera de escena, alguien lanza contra Carmin una piedrecita. Carmin permanece impasible. Le arrojan otra piedrecita, esta vez con más fuerza. Carmin se vuelve, asustada.)

(Awilda irrumpe en escena riendo. Viste un traje provocadoramente atractivo y usa zapatos de tacón alto.)

AWILDA: (Entre risas.) ¿Te asustaste? Estabas ahí parada, eslembá, como una boba...

CARMIN: ¡Awilda!

AWILDA: ¡Chica! Esto es lo último... ¡Qué camino!

CARMIN: ¿Y cuándo llegaste? ¡Qué traje más mono!

AWILDA: ¿Te gusta? A mí... ¡Qué sé yo! Ya no me gusta. Si supieras...

~~AWILDA: ¡Es monísimo!~~
CARMIN: ¡Es monísimo!

AWILDA: Pues, chica... Tengo que contarte. Yo que me compro este traje, y el día que me lo estreno voy a una fiestecita a casa de Lulú... Un bautizo. ¿Tú sabes que Lulú tuvo otro neno?

CARMIN: ¿Tan pronto?

AWILDA: Sí, chica... ¡Imagínate! No bina salió de uno... ¡pum! ¡En seguida! Bueno... Lo que soy yo, cuando me case, por lo menos en los primeros cinco años... ¡Después, quizás! Bueno, como te iba contando... ¡Hija! Yo que voy al bautizo... No de ése que nació último, sino del primero.

CARMIN: ¿Y cómo se llama?

AWILDA: Sigfredo. Imagínate... ¡Qué nombre! Pero, es monísimo. ¡Se parece tanto a su papá! Bueno... Tú sabes lo guapo que es Pedro. Pues, el nene tiene los mismo hoyitos aquí (Mostrando, en su mejilla.) igualito que su papá... Pues chica, yo que voy muy encantada con mi traje, y... ¡pues! Con quien primero me tropieze en la puerta es con Sarita.

CARMIN: ¿Sarita? ¿La que daba geometría ~~me~~ con nosotras?

AWILDA: ¡La misma, chica! Si vieras lo antipática que se ha puesto. ¡Más fea! Pues hija, la muy feísima tenía puesto un trajecito igualito que este.

CARMIN: ¿De veras?

AWILDA: ¡Como te lo cuento! Igualito. Con estos mismos adornitos aquí..., cogidito aquí atrás... Bueno. ¡A mí me dió una rabia! Y desde ese día, no me lo puse más. Pero, como hoy iba a venir al campo...

CARMIN: Te queda tan bien...

AWILDA: ¡Pues a la vista, chica!

(Awilda gira en torno, como una modelo en exhibición de modas. De pronto, parece percatarse del lugar.)

AWILDA: ¿Y esto? ¿Esto es la casa que tú decías?

CARMIN: Sí. ¿Verdad que es grande?

AWILDA: Pero, yo creía que ya... Si hace como un año que tú me escribiste...

CARMIN: Sí. Te escribí cuando se empezó...

AWILDA: ¡Ah! Ya recuerdo... Pero, si la otra vez que yo vine... ¿Fue antes de las Navidades, verdad? Tú entonces me digiste que para Reyes...

CARMIN: Sí. Así pensaba papá. Pero, después...

AWILDA: ¡Oye! ¡Y ese que yo ~~el~~ los otros días en casa: que tu papá está en un gas...?

CARMIN: No. Lo que pasa es que papi...

AWILDA: ¡Hum! Tú ves... Yo te lo decía. Ese pai tuyo... Papá también lo dijo: que ese negocio de vaquería... Bueno, ¡Y que dejar a Caparra Hights para meterse en este campo!

CARMIN: ¡Bah! Caparra Hights...

AWILDA: ¡Ah...! ¡Ya tú también te estás volviendo jíbara!

CARMIN: No. No es eso. Pero, es que papi ha tenido que luchar tanto...

AWILDA: ¡Pues, a mí, hija, en el campo no me cogen ni a tiros! ¿Tú sabes por qué vine hoy? ¡Ay...! Si se me había olvidado ~~me~~ decirte...

CARMIN: ¿Qué?

AWILDA: ¡Papi cambió el carro!

(Carmin hace un gesto de indiferencia, como quien aguardaba una revelación más importante.)

AWILDA: Lo cambió por un Chrysler. ¡Es un auto más chévere! Ya lo verás, cuando bajemos... Es amarillito..., un colorcito así, tirando a oro. ¡Y coge un brillo! Bueno, por eso me puse este traje, porque pega tan bien con el color del carro... Y, chica, si supieras... Papi todavía no me había dejado dar ni una trillita. Y yo todos los días: "papi, préstame el carro". Y él: "no, no puedo, nona". Hasta que decidí no pedirselo más. Y entonces... No puse a velarlo. Y yo..., vela que vela. Hasta que hoy, yo que lo estaba velando, y... ¡pum! ¡Le hice un levante...!!! (Río.) ¡Debe estar ahora echando chispas!

CARMIN: ¿Y tú se lo llevaste...?

AWILDA: ¡Claro, chica! Y como quería dar una vuelta bien larga, vine a parar acá.

CARMIN: Pero, Awilda, ¿tú andas sola?

AWILDA: ¡Ay, hija! Si a mí me pasan unas cosas... Figúrate, que coje el carro y me voy a casa de Fernandito... ¡Ah! Que tú no conoces a Fernandito... ¡Es mi steady! ¡Más chuchini! ¡Así! (Subraya la frase simulando un beso y dándose unos golpecitos con la yema de los dedos en la mejilla.) Pero el muy sinvergüencita no estaba en su casa. Andaba por el hipódromo. ¡A mí me dió un coraje! Y por eso, me fui a buscar a Fille. Tú tampoco lo conoces. Bueno... ¡Metida en este campo! Pues, hija, tampoco encontré a Fille. Y entonces, me dije: ¡pues que se vayan a la porra! Y me vine sola.

CARMIN: ¿Tú sola guiando?

AWILDA: ¡Y sin licencia, chica! Pero, el Chrysler es x de lo más fácil para guiar... No hay nada más que apretar unos botones, y en seguida... ¡pum! Sale ~~corriendo~~ corriendo. ¡Y cómo! ¿Sabes a quién le eché polvo en la carretera? A tu tío Pepe.

CARMIN: ¿Tío Pepe? Vendría para acá...

AWILDA: No sé. Todavía anda en aquel cacharro viejo... ¡Oye! ¿Por qué no bajamos?

CARMIN: Si tú quieres...

AWILDA: ¡Claro! x Verás el Chrysler. Si quieres, te doy una trillita..., aunque no me podré quedar aquí mucho tiempo. Papá debe estar que trina... El pensaba ir a una jugada de gallos a no sé que pueblo.

CARMIN: Pues, vamos. Mira, por aquí...

(Carmín y Awilda salen.)

(La escena queda sola por unos segundos.)

(Por el extremo opuesto, entran Bernardo y Naldo.)

NALDO: Se pasaron por el lado de abajo...

BERNARDO: Por los dos lados, Naldo. Yo creo que una cruzó por donde tú dices. Pero las ~~otras~~ otras dos se metieron por donde dijo Lencho.

NALDO: Por allí lo que pasa..., es que resbalan. ¿Y papi, don Prudo te pidió mucho?

(Bernardo se recuesta de una columna, mirando hacia el exterior, y responde a su hijo sin volver el rostro.)

BERNARDO: Las vacas hicieron mucho daño. Pero don Prudo es un buen hombre. Si llega ^a ser otro...

(Naldo recoge una varita de madera del piso, y se mueve de uno a otro lado, azotando el aire.)

BERNARDO: A ti, Naldo... ¿Te gustaría volver a San Juan?

(Naldo abandona su juego, y se acerca a su padre con sorprendida actitud.)

NALDO: ¿A San Juan, papi?

BERNARDO: (Sin cambiar de posición.) Sí.

NALDO: ¡No, papi! A mí me gusta aquí.

BERNARDO: (Volviéndose.) ¿De veras?

NALDO: ¡Pues, claro! ¡Aquí es mejor! En San Juan... ¿Qué es lo que hay en San Juan?

(Pope salta a escena por el mismo sitio por donde salieron Carmín y Awilda.)

PEPE: ¡Que buena vida se dan los ¡iberos!

BERNARDO: ¡Pepe!

NALDO: ¡Tío!

(Bernardo y Naldo reciben a Pepe con cierto alborozo.)

BERNARDO: ¡Viste a Carmela? ¡Vamos a casa!

PEPE: No. De allá vengo. Carmán me dijo que regresaría por aquí de casa de un vecino.

(Pepe avanza hasta el extremo izquierdo de la escena, desde donde se divisa la población.)

PEPE: La verdad es que es hermoso este campo...

(Pepe se vuelve hacia Bernardo.)

PEPE: Contemplado así, de lejos... ¡Lástima que la belleza del campo, cuando uno se le acerca, se transforma en sudor! Y el sudor siempre huele mal... Pero, como quiera, invita...

BERNARDO: Sí. Habiendo tú llegado... Vamos abajo. Allá tengo algo.

PEPE: No señor. Esta vez... ¡No permitirás! He traído un brandy... ¡Exquisito! ~~¡Mira!~~ (Volviéndose hacia Naldo.) ¡Mira, Naldo! Ve allá abajo, y ~~dile~~ dile a tu mamá que nos mande con Loncho lo que yo le ~~le~~ di a guardar.

(Naldo se dispone a salir corriendo.)

PEPE: ¡Que no se olvide de los vasos sanitarios!

(Naldo salta fuera de escena.)

PEPE: Pero, muchacho... ¡Oye! A ti te traje un regalo. ~~¡Mira!~~ ¡Fídeselo también a tu mamá!

NALDO: (Su voz.) ¡Sí, tío! Voy corriendo...

BERNARDO: Bueno, Pepe, pero...

PEPE: ¡Nada de peros! Quiero que pruebes ese brandy. Es real-

mente exquisito.

(Pepe da unos pasos, admirando el lugar.)

PEPE: Este es un buen sitio para beber... ¡Ante la naturaleza, frente al paisaje!

BERNARDO: Te agradezco, Pepe... En verdad, has hecho por mí...

PEPE: ¡Yo no he hecho nada! Quien ha estado trabajando fuerte en tu caso, es Lanusa. ¡El mismo te explicará!

BERNARDO: ¿El Licenciado, entonces, viene...?

PEPE: ¡Quizá! Pero, mejor es esperar, no vaya a ser... que se tranque el dómino.

BERNARDO: ¿Esperar? Yo no tengo ya nada que esperar.

PEPE: ¿Cómo? ¿Tú..., el optimista...?

BERNARDO: No hay optimismo que valga. ¡Todo está perdido! No debo seguir sacrificando a mi familia... Todavía, hasta hace un momento, pensaba...

PEPE: A ver, a ver... ¡Habla! Ese es el gran problema de los tipos como tú. ¡Callen y callan! Y como sólo saben trabajar... ¡aguantan! A veces, Bernardo, hay que desembuchar... Y verás que no todo está perdido.

BERNARDO: Sí, Pepe. Ya no hay remedio. Hasta hace un rato, creí... ¡Si me hubieras visto! Te hubieras reído... Yo solo, después, yendo hacia la casa de don Prudo, me refa... Hacía más de tres meses que no subía hasta aquí. Y cuando volví a ver estos cimientos, y esas paredes a medias, y esas columnas, en las que ya crecen los bejucos..., ¡me dió una rabia! Yo no sabía que Carmín estaba allí, mirándome. Y cuando de pronto la vi, me pareció tan conforme, que me entró una fuerza... ¡Me sentí tan fuerte, que por un momento creí que me bastaría

para construir yo solo la casa! Y se me ocurrió decirle que iba a reanudar la obra. Y ella... ¿Sabes lo que me dijo? Me dijo que ella también podría ayudar...

PEPE: ¿Carmin?

BERNARDO: Sí. ¡Carmin!

~~Kingdon~~

(Bernardo se detiene por un segundo, da unos pasos, y de pronto se vuelve y sigue hablando con cierto tono violento.)

BERNARDO: ¿Crees que debo seguir sacrificando a mi familia? ¡No! Yo quise vivir en el campo, porque estaba cansado... ¡Cansado del parecer hacer que tanto abunda en San Juan! ¡Cansado de tanto trabajo inútil! Quería usar mis manos, producir, ~~me~~ crear... ¡Criar animales, sembrar la tierra, cosechar! ¿Por qué tiene que fracasar un hombre como yo? ¿Por qué?

PEPE: No eres tú quien fracasas, Bernardo...

BERNARDO: ¡Sí! ¡El fracaso es mío! ¡Y ya no resiste más!

PEPE: Todavía hay un recurso...

BERNARDO: ~~¡Recurso!~~ Recurso... ¡Ya los he agotado todos! Tú lo sabes... Cuando iba a comprar, consulté con la gente del gobierno. Me dijeron que corrigiera tales y cuales deficiencias... Compré, y en seguida solicité la licencia. Me pidieron que mejorara los estables. No sólo los mejoré. ¡Los reconstruí! ~~Y compré ganado y aguarde...~~ Y compré ganado y aguarde... Y resulta que mi licencia se enredó con miles de papeles. Me vi obligado a soltar el ganado al campo... Por fin, un día me extendieron una licencia provisional. ¡Y entonces, las vacas estaban secas! Trabajé... Cogí dinero prestado... Me levante de nuevo... ¡Y

se venció el término de la provisional, y nunca logré obtener una licencia permanente! De nuevo tuve que echar el ganado al campo. Y de nuevo esperé. ¡Y de nuevo papeles y más papeles! ¿Qué significa todo esto?

PEPE: Es que, mi querido Bernardo...

~~BERNARDO: me siento como si me estuviera moviendo entre sombras...~~ Siento, como si me estuviera moviendo entre sombras... Un enemigo me acosa, y me cierra el paso... Y yo salgo a buscarlo, y voy dispuesto a pelear... ¡y a vencerlo! Y con lo único que me hallo es con una oficina, ofreciéndome sus servicios. Y paso a través de esa oficina... ¡Y me hallo en más oficinas, y más oficinas! ¡Y todas están a mi servicio! Ninguna es causante de mi ruina, y sin embargo, todas son causa de mi ruina. En todas ellas está escondido mi enemigo, un enemigo invisible...

(Bernardo se deja caer, desalentado, sobre unos bloques de concreto.)

(Pepe se acerca a Bernardo. Parece a punto de decir algo. Pero, de pronto, ve a Lencho que llega.)

PEPE: ¡Hola, Lencho! Portador de ambrosía...

(Lencho entra, se acerca al banco de trabajo de carpintero, deposita allí una botella de brandy y varios vasos sanitarios, y se dispone a marchar.)

LENCHO: Aquí esta, don Pepe...

PEPE: No, no... No vas a irte así. ¡Aquí hay un trago también para tí!

(Pepe sirve licor en tres vasos.)

PEPE: (A Lencho.) Para tí... (Entregando un otro vaso a Ber-

nardo.) Y este, para ti, Bernardo.

(Bernardo toma el vaso sin levantarse.)

PEPE: Y para mí... ¡Por el futuro!

(Los tres alzan los vasos y beben.)

PEPE: ¿Buena, eh?

LENCHO: Ese es del que acaricia al galillo y le dice adios a las penas... Don Pepe, si usted me necesita...

PEPE: No, no. ¡Gracias, Lencho!

(Lencho sale.)

(Bernardo se pone de pie, se acerca al banco y abandona su vaso.)

XXXXXXXXXX

PEPE: ¿Te acuerdas, Bernardo, de lo que sugirió Lanusa?

BERNARDO: ¿El pleito?

PEPE: Sí.

BERNARDO: ¡Bah! ¿Más papeles?

PEPE: Puede ser... Pero, es que ahora, el gobierno se inclina a reconocer su responsabilidad...

BERNARDO: ¿Tú crees?

PEPE: Sí.

BERNARDO: ¡No sé, Pepe! Después de tanta espera...

PEPE: Comprendo... Puedo imaginar como te sientes. Con todo y lo que tú trabajaste ~~en~~^{en} el gobierno, no lo conocías.

BERNARDO: No. Es ahora...

PEPE: ¡Claro! Ahora tú has jugado el papel de víctima... Es lo que has sido: una víctima más del más terrible de los monstruos modernos. ~~Un~~ Un monstruo que existe en todos los países del mundo: ~~en~~ el estado deshumanizado.

BERNARDO: Pero, Pepe... Lo raro de esta situación es que el gobierno trata de ayudar...

PEPE: ¡Si hombre! Ahí está lo curioso del problema... ~~interrogue~~ ~~incansablemente~~ Durante siglos el hombre ha luchado por erigirse en su propio gobernante. Y parece como si le persiguiera una maldición. A medida que conquista nuevos derechos y amplía el radio de su actividad, añade nuevos organismos a su gobierno. Y en ese proceso, de creador, se transforma en sujeto; y lo que establece como medio, se hace finalidad; y la mera cuestión de forma, se erige en razón de ser... ¡El pulpo crece! ¡Sus tentáculos se multiplican! Y cada vez se hace más eficiente..., que es como decir más gobierno de funcionarios y menos gobierno de seres humanos. Y llega a ser un estado robot. ¡Un monstruo, vomitando estadísticas, reglamentos y órdenes administrativas! Y así el hombre termina en víctima de su propia creación..., ¡un juguete entre las manos de ^{unos} ~~los~~ dioses de papel!



(Entra Carmin. Le sigue Carmela con el Licenciado Lanusa. Este viste gaban y corbata. Luego entra Naldo.)

(Pepe se adelanta a recibirlos.)

PEPE: ¡Ah, caramba, Lanusa!

CARMELA: ¡Qué buenas piezas! Ustedes aquí, bebiendo, y el Licenciado esperando allí abajo.

BERNARDO: Usted perdone, Licenciado. Yo no sabía...

LANUZA: ¡No hay de qué! Al contrario. Me gustó la caminata.

(Lanusa se acerca al punto desde donde se divisa la población.)

LANUZA: ¡Una vista magnífica!

PEPE: ¿No te lo decía yo? Es el sitio ideal para edificar una casa y retirarse... Claro, todavía nosotros somos muy jóvenes para renunciar a los placeres de la ciudad.

CARMELA: Sí. Lo que eres tú... ¡Todavía te crees un pollito!

LANUZA: ¡No le rompa sus ilusiones, Carmela!

PEPE: ¡Acórquese, Licenciado, que por aquí está la barra! Vamos a brindar por nuestra juventud.

(Pepe sirve licor en los vasos. Carmela, Lanuzam y Bernardo le rodean al fondo de la escena.)

(Carmin da unos pasos hacia el frente, se detiene y contempla el paisaje.)

(Naldo se inclina sobre una formaleta. De pronto, con disimulado alborozo, caza un lagartijo, y con él en la mano, se acerca en puntillas a Carmin y se lo lanza al busto.)

(Carmin se vuelve, sacudiéndose el animal de encima, y contempla a Naldo con la actitud condescendiente de una persona mayor.)

CARMIN: Parece mentira, Naldo. ¡Déjate de niñerías!

(Naldo sofoca su risa, y con frustrada actitud, un tanto avergonzado, se aleja de su hermana, recoge del piso una varita de madera y se entretiene a solas dando mandobles en el aire.)

(Pepe reparte los vasos de licor.)

PEPE: (A Lanuza.) Para usted, joven... aún. (A Berna .s.) Y para nosotros... ¿Tú quieres, Carmela?

CARMELA: ¡Ay, no! El brandy no está una bebida tan fuerte...

LANUZA: La juventud no necesite brindis, Pepe. Brindemos por una buena pelea..., la que ya tenemos casi ganada.

PEPE: ¿Entonces, se aprobó?

LANUZA: Sí. (Alzando el vaso.) Por la ley que acaba de aprobar la Legislatura, y que te autoriza, Bernardo, a demandar al gobierno.

BERNARDO: ¿Un pleito?

PEPE: ¡Una lucha!

(Los tres hombres beben.)

PEPE: Bernardo no parece muy entusiasmado con esa primera victoria.

BERNARDO: ¿Y a qué tu llamas victoria? Eso es una simple autorización para iniciar un pleito..., ¡un pleito que puede durar años!

LANUZA: No, no, mi querido amigo. Sé de buenas fuentes, que el gobierno se inclina a indemnizar. Ya he sondeado una transacción... Pero, si no se pelea... ¿Qué lograría usted si se retira?

PEPE: Si ahora te retiras, no salvarías nada. Los acreedores caerían sobre la finca...

(Carmela se aproxima y mira a su padre.)

(Naldo abandona su juego, y parece cobrar conciencia de la situación.)

(Carmela observa a Bernardo.)

BERNARDO: Puede ser... ¡Pero es que tú mismo lo digis... Pepel

~~Los tres hombres beben...~~

~~Los dioses~~
Los dioses de papel... ¿Quién puede vencerlos?

PEPE: ¿Vencerlos? ¡Difícilmente... Pero hay que mantenerlos a raya.

LANUZA: No sé de qué tú hablas, Pepe.

PEPE: Pero Bernardo sabe. ¿Verdad, Bernardo?

BERNARDO: Sí. ~~¿Verdad, Bernardo?~~

LANUZA: En cuanto usted me autorice, se presenta la demanda. Y le aseguro que obligaremos al gobierno a pagar con creces...

(Bernardo asume una actitud pensativa y mira a Carmela, como interrogándola en silencio.)

CARMELA: ¡Tú decides, Bernardo!

BERNARDO: ¡No! Ya es muy tarde. ¡Demasiado tarde! Ya no tenemos de qué vivir. ¡Volveremos a San Juan!

(Carmin se interpone entre su padre y su madre.)

CARMIN: ¡No, papá! ¡No!

BERNARDO: ¿Carmin?

CARMIN: Yo no quiero volver.

(Padre e hija se miran en silencio. Bernardo parece recurrir de nuevo a Carmela.)

CARMELA: ¡Si tú quisieras, Bernardo! Esta tarde recibí un telegrama. Me ofrecen una posición de maestra en la escuela..., en la escuela del pueblo.

BERNARDO: ¿Volver tú a trabajar? ¿Tú..., Carmela?

CARMELA: A mí me gustaría... Si tu me dejas... Y así no tendríamos por que ~~volver~~ ^{regresar} a San Juan.

(Carmin se acerca más a su padre.)

CARMIN: Sí, papi. ¡Eso es lo que mami más desea! ¿Y por qué no? Yo podría encargarme de la casa. Y tú... ¡Tú salvarías la finca!

(Bernardo estrecha a Carmin en sus brazos.)

(Telón rápido.)

~~XXXXXXXXXX~~

CUADRO II

Escena 1

Escena en tinieblas. Al fondo, telón oscuro. El espacio ~~en~~ a la izquierda del espectador se ilumina.

(Un individuo entra apresuradamente. Está en mangas de camisa. Lleva no menos de tres grandes volúmenes de leyes en sus manos. El ~~trazo~~ trazo de luz le sigue mientras cruza la escena a paso rápido. De pronto, como quien ha olvidado algo, se vuelve de súbito. Al volverse, tropieza con una joven que lleva entre sus manos un cartapacio y varias carpetas con papeles. La carga de ambos rueda por el piso. Los dos se bajan, turbados, para recoger sus libros y papeles. Tropezan de nuevo y se sumen en la mayor confusión.

INDIVIDUO: (En cuclillas.) Perdone. Perdone usted...

~~XXXXXXXXXX~~

LA JOVEN: (También en cuclillas.) ¡Oh! No fue nada.

INDIVIDUO: Es que está tan oscuro este pasillo... ¡Cualquiera tropieza!

LA JOVEN: Deberían poner una luz ~~ahí~~ aquí.

INDIVIDUO: La orden está firmada. Pero aún ^{no} la ha recibido el negociado de la propiedad.

LA JOVEN: ¡Ah!

~~XXXXXXXXXX~~

(El individuo y la joven logran al fin recoger sus libros y papeles y se ponen de pie.)

(509)

(El individuo contempla a la joven de pies a cabeza.)

INDIVIDUO: Usted... como que es nueva aquí..., ¿verdad?

LA JOVEN: Sí señor. Soy la nueva secretaria de don Ramiro.

INDIVIDUO: ¡Ah! Pues, mire... Don Ramiro anda buscando su cartapacio. Lo dejó no sabe dónde... ¡Y la reunión está por empezar!

LA JOVEN: (Mostrando el cartapacio.) ¡Es éste!

INDIVIDUO: ¡Pues, vamos!

(El individuo y la ~~xx~~ joven salen apresuradamente. ~~xxxx~~)

(Prevalece en la escena una semioscuridad. Comienza a oírse un murmullo de voces.)

(Varias personas, hombres en su mayoría, cruzan la escena a paso rápido, algunos solos y otros en pareja. A veces, al cruzarse unos con otros, se detienen por unos instantes, parecen ~~xxxxxx~~ intercambiar algunas palabras, y ~~siguen~~ luego siguen con igual premura.)

(El murmullo de voces aumenta y se confunde con una música distante.)

(De pronto se ilumina un espacio de la escena. Aparecen Bernardo y Lanuza. Bernardo viste traje oscuro y lleva en una mano su sombrero de fieltro. Lanuza lo empuja suavemente por un brazo.)

LANUZA: Verás, Bernardo. ¡Verás! La cosa quedará prácticamente resuelta en esta reunión.

BERNARDO: (Deteniéndose.) ~~xxxxxxxxxxxx~~ ¿Y todos los negociados estarán representados?

LANUZA: Sí hombre. ¡Sí! El jefe de cada uno de los negociados que ha tenido que ver con tu asunto estará presente. Y además... ¡Además asistirán varios legisladores! Creo que la reunión la

104

presidirá el Licenciado Pringoso.

BERNARDO: ¿Y por qué también los legisladores?

LANUZA: ¡Hombre! Pues... ¡Puede que haya que enmendar alguna ley! Y mira si la cosa está para resolverse, que también inter-
venirá la Secretaría de Justicia.

BERNARDO: ¿También?

LANUZA: Sí. Ya te informé que me ofrecieron transar por veinte mil pesos.

BERNARDO: Eso es lo que debo al Banco gubernamental...

LANUZA: También el Banco estará representado. ~~xxxx~~

BERNARDO: ¿Y los otros?

LANUZA: ¿Qué otros?

BERNARDO: Los otros acreedores.

LANUZA: A éstos los representa el negociado de crédito agrícola.

BERNARDO: Entonces, en esa reunión estarán todos...?

LANUZA: Sí. Todos los que han ~~xxxx~~ intervenido en ~~tu~~ asunto.

BERNARDO: ¡Pues, yo no voy, Licenciado!

LANUZA: ~~R~~ ¿Pero, cómo no vas ^{a ir} ~~Bernardo~~ Bernardo? Si en ~~tu~~ nombre he insistido en que se celebre esa reunión...

BERNARDO: ¿Y usted cree, Licenciado, que puedan llegar a entenderse?

~~BERNARDO~~ (Lanuza vuelve a tomar a Bernardo por el brazo y lo empuja suavemente.)

~~LANUZA~~ (Se oye de nuevo el murmullo de voces y la música lejana.)

LANUZA: ¡Claro que sí! Para eso estamos los abogados: para hacer que la gente se entienda.

(El murmullo de voces aumenta, confundándose con

la música estridente y disonante.)

(La música se sume en las voces.)

Escena 2

Amplio salón de conferencias: una mesa, butacas y sillas. Sobre la mesa, en desorden: algunos libros voluminosos, cartapacios, carpetas, papeles, etc. El salón está lleno de hombres que forman varios grupos, hablando y fumando. Dos o tres jóvenes entran, ~~conducen a los jóvenes~~ hablan un instante con una u otra de las personas, ~~depositan~~ entregan algún documento, y salen. El murmullo de voces, confundido con una música a bajo tono, sirve de fondo a la escena.

(Uno de los grupos se disuelve y todos sus integrantes se separan riendo a carcajadas.)

ASISTENTE 1- (Desde un extremo del salón.) ¿Cuál fue el ~~chiste?~~ ^{chiste?} ~~chiste?~~

ASISTENTE 2- (Entre risas.) Yo no podría repetirlo... ¡Cuéntale tú, Manolo!

MANOLO: ¿A éste? ¡No! Ese chiste es ~~truy~~ ^{truy} colorao, ~~no~~ No es apto para menores.

ASISTENTE 3- (Separándose de otro grupo.) ¡Oye, Manolo! Este me discute que Rubén Gómez no fue el que le dio la victoria a los Yanquis en la serie de 1955...

ASISTENTE 4- No. Yo lo que digo es que como ~~pitcher~~ "pitcher" jugó bien, pero al bate...

ASISTENTE 3- ¡Deja hablar a Manolo! Que él diga.

MANOLO: Esa no fue la serie. ¡Fue en la del 54 que Ruben Gomen jugó!

ASISTENTE 4- No. Yo me refiero a la del 55.

(Bernardo y Lanuza entran al salón.)

MANOLO: Pues yo lo puedo probar... (~~se~~ Distingue a Bernardo.)

¡Ah, Bernardo!

(Manolo avanza hacia Bernardo y lo abraza efusivamente.)

MANOLO: ¿Qué tal? ¿Y la familia? ¿Bien? Vente, quiero presentarte a algunos amigos... ¿Tú conoces a ~~este~~ Ramiro?

(Ramiro se adelanta y estrecha la mano a Bernardo.)

RAMIRO: Nos conocemos. ¡Cómo no! Yo tuve el placer de ayudarlo.

MANOLO: Ven. Debes conocer al Licenciado Pringoso.

(Manolo le pasa el brazo por ^{los} ~~el~~ hombros a Bernardo.)

MANOLO: ¿No lo conoces personalmente? ¡Ah, caramba! ~~Es~~ Tú sabes que es una lumbrera como legislador.

(Manolo y Bernardo se aproximan a un grupo.)

MANOLO: Licenciado, quiero presentarle a Bernardo..., amigo desde mis tiempos de estudiante.

PRINGOSO: (Estrechando la mano a Bernardo.) Es un placer... Ya lo conocía por referencias. Hemos hablado mucho de usted.

(Bernardo hace un ademán de agradecimiento y parece murmurar algunas palabras.)

MANOLO: Un verdadero pilar de nuestra agricultura.

PRINGOSO: Sí, sí... Estoy bien enterado de su caso.

(Otros de los asistentes saludan a Bernardo. ~~XXXXXXXXXXXX~~
Frases ad. lib.)

PRINGOSO: Pues, bien, señores. Creo que es hora de empezar.

(Pringoso se acerca a un extremo de la mesa. Se ocupan las sillas y las butacas. Algunas de las personas permanecen de pie.)

(El murmullo y la música de fondo cesa.)

(Bernardo ocupa una silla a un extremo ~~XXXXXXXXXX~~ de la escena.)

PRINGOSO: (De pie.) No creo que sea necesario entrar en detalles

sobre los motivos de esta reunión. Todos los aquí presentes están bien enterados del caso. ~~Lo importante, sin embargo, no es el caso en sí. Ningún caso en particular es tan importante como las cuestiones de jurisdicción que han surgido con motivo...~~

ASISTENTE 1- Perdona la interrupción, Licenciado, pero antes que nada debo hacer constar que mi negociado aceptó concurrir a esta reunión siempre y cuando no se abordara esa cuestión.

ASISTENTE 2- ¿Pero, cómo es posible? Si precisamente... Con su permiso, Licenciado. ¡La cuestión de jurisdicción es el ajo de la cosa! Aunque yo opino que hasta tanto los tribunales resuelvan el pleito Bernardo Cedeño versus Estado Libre Asociado, y mientras no se ~~estudie~~ evacue la opinión al respecto...

LANUZA: Con el permiso de mi ilustre colega y con la venia del señor Presidente, ^{el propósito} ~~esta reunión~~ ~~principal~~ principal de esta reunión es hacer factible una solución amistosa, fuera de los tribunales, de la reclamación de don Bernardo Cedeño...

PRINGOSO: Un momento, señores. Primeros estudiaremos ~~la~~ la cuestión desde el punto de vista de la política gubernamental...

ASISTENTE 3- ¡Eso! ¡Eso es lo que yo creo! En forma alguna deben establecerse privilegios que sienten precedentes antidemocráticos.

LANUZA: ¡No es un privilegio lo que estamos demandando!

MANOLO: ¡Es justicia! Simple y llanamente justicia. Yo conozco a Bernardo desde que estudiábamos en la High de Caguas...

RAMIRO: Pues, yo, señor Presidente, si usted me lo permite, quie-

ro hacer constar antes que ~~ix~~ nada la opinión de mi negociado:
¡Los tribunales son los llamados a decir la última palabra!
PRINGOSO: ¡Antes que los tribunales y despues ~~que~~ de los tri-
bunales, la Legislatura es la llamada a hablar! Yo estoy autori-
zado, señores, por los presidentes de los cuerpos legislativos
~~para~~ ^a informarles que existe el propósito de realizar una in-
vestigación para ~~determinar~~ ^{determinar} si los negociados están cumpliendo,
no sólo con la letra, sino con el espíritu de la ley.

ASISTENTE 4- ¡Ah, Licenciado Pringoso! Pero es que la ley vi-
gente no establece excepciones, y en el caso de don Bernardo
Cedeño...

ASISTENTE 2- El caso de don Bernardo Cedeño es uno. Lo que debe
examinarse es el fondo del problema. Yo tengo aquí un informe...

(El asistente 2, al ponerse de pie, levanta en alto
un manojito de papeles.)

(Se reanuda el murmullo de voces y la música disonante.)

MANOLO: No. Yo no creo que es necesario leer ese informe.

VOCES: ¡Que se lea!

VOCES: ¡Que no se lea!

PRINGOSO: Un momento, señores...

(El murmullo de voces y la música sube de tono.)

(La luz al centro de la escena baja en intensidad.)

(Un trazo de luz hace más evidente la presencia de
Bernardo sentado en su silla a un extremo de la escena.
Tiene la cabeza hundida en el pecho, los ojos fijos
en el piso, el sombrero en la mano.)

LANUZA: ¡Este es, señores, un caso de conciencia! ¡El estado de-
be reconocer los daños!

VOZ- ¡Antes debemos oír el informe!

VOCES: ¡Sí! ¡Que se lea!

VOCES: ¡No! ¡Que no se lea!

(El murmullo de voces, confundido con la música, se transforma en una algarabía infernal.)

(Bernardo se levanta con movimiento lentos y cansados, y a pasos muy cortos, con los hombros inclinados, la cabeza hundida en el pecho, el sombrero en una mano, cruza el escenario y desaparece en las sombras.)

(La escena se sume en la más completa oscuridad.)

(Cesa de pronto la música y el murmullo de voces.)

(Se ilumina nuevamente la escena.)

MANOLO: (Levantándose.) ¡Y Bernardo? ¡Bernardo!

~~XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX~~
(Todos los asistentes a la reunión se vuelven, silenciosos, hacia Manolo. Este se acerca a la silla en que había estado sentado Bernardo. Luego se vuelve hacia los reunidos con ademán interrogante.)

~~XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX~~

PRINGOSO: Parece que don Bernardo se fue.

MANOLO: Sí. Bernardo se fue.

PRINGOSO: Bueno... No hace falta. ¡Prosigamos con la reunión! Decía usted, colega...

FIN

Febrero de 1958.

Indieras de Maricao,
Puerto Rico.

Seminario Multidisciplinario Josemilio González
Bachillerato de Estudios Interdisciplinarios
Facultad de Humanidades
Universidad de Puerto Rico
Recinto de Río Piedras